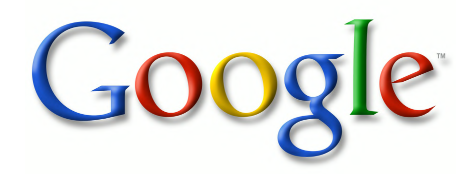
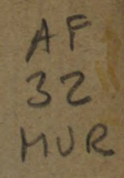




1889

EL REGIONALISMO GALLEGO

POR

Manuel Murguía,

CRONISTA DEL REINO DE GALICIA.



HABANA.

Imp. LA UNIVERSAL, S. Ignacio 15,

ENTRE OBISPO Y OBRAPIA.

1889.



El Regionalismo Gallego

LIGERAS OBSERVACIONES

POR

MANUEL MURGUIA,

al discurso leido por el señor

D. ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL

EN SU RECEPCION

en la Real Academia de la Historia, de Madrid,

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1888.

HABANA.

IMP. Y PAPELERIA «LA UNIVERSAL» DE RUIZ Y HNO.

SAN IGNACIO NUMERO 15,

1889.

A mi muy querido amigo Sr. D. José Rodriguez Carracido, como prueba de afecto y consideracion de su af.

M. Anguias

PRÓLOGO

La exageración del poder central tenía á la postre que dar sus resultados: negando por completo el derecho á la vida á las provincias, la Metrópoli sólo ha ganado sus odios, cortándole sus naturales vías de expansión, solo ha conseguido que las ansias de libertad y de mejoramiento local estallen ruidosamente; en una palabra, el sistema de absorción empleado por los poderes públicos desde el siglo XVI ha servido únicamente para que los antiguos estados ibéricos echen de menos la independencia que les reconocieron todos sus reyes.

Cataluña clama hoy por sus *usatges*, Navarra lamenta la pérdida de sus viejos fueros, Aragon no olvida el sabio código de Sobrarve y la propia Castilla, base de la nación española, tal como está constituida, con sus grandes reuniones de Palencia y de Barbastro, provocadas por la necesidad de combatir la miseria que se cierne sobre los agricultores, coadyuva á la obra de las demás provincias y justifica la obligación que existe de poner diques al despilfarro cortesano y de devolver á las regiones unidas por la espada victoriosa de los Reyes Católicos la fisonomía que les ha sido arrebatada. ¿Qué mucho, pues, que Galicia, antiguo reino suevo, nacionalidad legítima é independiente, con todos los elementos necesarios para desarrollar sus aptitudes y cumplir sus fines históricos, procláme con noble ardimiento el derecho de reconstruir su vida regional, reparando al mismo tiempo los desperfectos económicos que una administración desastrosa ha originado en cuatrocientos años de gobierno?

Impónese en la actualidad el regionalismo como una consecuencia lógica del descrédito en que ha caido el sistema centralista, y á su iglesia ven-

drán todos los hombres de sano corazón en plazo no lejano.

Al eminente historiador Murguía corresponderá la gloria de haber iniciado tan saludable movimiento en Galicia; y en las páginas que siguen á estas incoloras líneas encontrarán las generaciones de hoy y las de mañana la verdadera y pura doctrina regionalista. Deben estudiarla con amor y veneración cuantos adoren á nuestra pátria y se identifiquen con sus dolores, porque en ellas vislúmbrase la esperanza redentora y hállase esbozada la futura paradisiaca vida regional.

Un grupo de personas entusiastas de nuestra colonia en la Habana, ha querido recoger los dispersos artículos que forman este folleto y con ellos rendir un homenaje de respeto y gratitud al Maestro. Los gallegos todos, de todas las ideas, para los cuales la tierra inolvidable debe estar por cima de todos los principios y conveniencias, harán bien en secundar el esfuerzo de sus nobles compatriotas, que, en definitiva redundará en beneficio del ilustre Murguía.

La consideración que hoy alcanzamos los gallegos, despues del largo sufrir, débese á la influen-

cia salvadora del regionalismo. Seámos, por tanto, regionalistas y tendremos pátria.

W. A. Insua.

Habana, Octubre 17 de 1889.



EL REGIONALISMO GALLEGO.

LIGERAS OBSERVACIONES

AL DISCURSO LEIDO POR EL SR. D. ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL EN SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE MADRID, EL 8 DE DICIEMBRE DE 1888.

I.

NO contestación, réplica tiene que ser aquélla, en la cual y por de pronto, tratemos de desvanecer los errores de hecho y de doctrina en que, al ocuparse del regionalismo gallego, ha incurrido el nuevo académico de la Historia. No permite otra cosa la penuria del tiempo: la inconsistencia del ataque tampoco demanda más. Cualquiera diría que bastaba dejarlo pasar en silencio para que sobre él cayese el olvido eterno; pero la verdad es que, si tomando todo ello como una impugnación seria, se le haría demasiado favor, en cambio, callando ante el nuevo cargo lanzado contra el regionalismo, esto es, el de viciar ó exagerar en su favor las fuentes históricas, cuando no

la historia misma, pudiera creerse que el dardo lanzado había ido certero á clavarse en nuestro corazón y que no sabíamos devolverlo. Y no es esto sólo; aunque de pasada, toca el Sr. Sánchez Moguel tantos puntos importantes, suscita tantas cuestiones, despierta tan penosos recuerdos, que no un artículo y si un libro sería preciso escribir para refutarle. No siendo esto posible por el momento, siéndolo todavía menos que quede en la sombra su inoportuna agresión al regionalismo y á los que lo defendemos, forzoso se hace no dejar pasar la flecha sin oponerle el escudo, y que, cuando no otra cosa, sepa nuestro adversario que sus palabras llegaron hasta estas soledades, renovando los antiguos agravios y solicitando las cansadas fuerzas de quien gastó su vida en sostener y propagar unas doctrinas á cuyo triunfo fía la salvación y el honor de su país. Y aunque esperar que callásemos sería ofendernos; pedir que iniciemos un debate sobre cuestión tan compleja ó que la tratemos desde luego y de lleno, sería demasiado. Por hoy basta con parar el golpe; quede el resto para cuando con más holgura podamos (si al fin llega ese día) dar á la estampa aquel libro de predilección, soñado en la juventud, meditado en la edad viril, completado despues con la experiencia de los años y las lecciones del tiempo; libro en el cual, bajo el título de *La Provincia gallega*, hemos procurado reunir todos los datos referentes al regionalismo en Galicia, á su historia, á la legitimidad de sus aspiraciones y á la conveniencia de su triunfo.



Los ataques que de algún tiempo á esta parte vienen dirigiéndose tanto al regionalismo como á los fundamentos históricos y de razón en que descansa, no por numerosos son más certeros. Lo único que de ellos se desprende es que, por lo general, los que le combaten no le conocen, ó que, en caso contrario, proceden en un todo como si ignorasen lo que es y lo que quiere. Confesamos que para nosotros esto no es por ignorancia, sino por táctica, y que nuestros adversarios, deseando vencer á toda costa, se dan al agradable entretenimiento de afirmar que el regionalismo es esto y aquello, para cerrar después contra los molinos de viento que fingió su fantasía.

Entendido así, la cosa es fácil; es además vencedora, pues llamando la defensa á un tiempo hacia los mil puntos que la solicitan, impide dar á las réplicas la necesaria unidad y no permite que tengan el vigor y exactitud propia de todo razonamiento propio y ordenado. Es una nueva dificultad que ponen en nuestro camino, mas no importa. Para defensa de los ideales que sustentamos, basta consignar el hecho y añadir, que no siéndonos dado escoger el campo, ni partir la luz, fuerza es seguir á nuestro adversario al terreno donde nos lleva. Con lo cual, y hecha ya esta confesión, y manifiesta la necesidad de tomar la defensa allí donde el Sr. Sánchez Moguel pone el ataque, añadiremos que el nuevo académico se extrema en todo y no le importa aparecer como ignorante con tal de vencer en el momento. Sólo pensándolo así, puede pasarse que confunda, más que á menudo, el Estado con la Nación; que desconozca la historia de las ideas regionalistas en España, y en fin que dé por hecho que sólo en la península ibérica, ó punto menos, se proclaman tan vitandos principios.

De tomar sus palabras en lo que suenan, forzoso sería el creerlo y pensar que, para proceder con lógica, debía empezarse por lo más elemental,—por explicar lo que es regionalismo, señalar sus caracteres esenciales, hacer su historia y probar que la primera de sus condiciones, es ser, no la negación del Estado, sino su afirmación más genuína.

Afortunadamente no se necesita tanto. El Sr. Sánchez Moguel no es reo de tales ignorancias porque desconozca el asunto de que trató tan exprofeso, sino porque obedeciendo á un prejuicio frecuente en nuestros contradictores, afirma lo que le conviene, combate lo que quiere, y se decreta la victoria. Es una manera fácil de vencer. Pero ¿cómo vence? En el mismo día, en el seno de la Academia, la misma persona encargada de dar la bienvenida al nuevo indivíduo de número, contesta en tales términos al discurso leído, que en el fondo más parece que trata de poner un correctivo á lo dicho por nuestro adversario, que de afirmarlo como es de costumbre en tales casos. ¿Por qué? Sin duda, porque al Sr. Saavedra debieron parecerle harto arriesgadas las opiniones de su nuevo colega. Nacido en Cataluña y llevando un apellido gallego, no podía sea ajeno á las

naturales aspiraciones de sus dos patrias, la de nacimiento y la de orígen. Harto sabe que los que tratan de dar vida á las que hemos apellidado nacionalidades desconocidas y negadas, no quieren en manera alguna romper la unidad del actual Estado español. Sabe también que los que deseamos que los antiguos organismos provinciales ejerzan las funciones propias (1) no vamos tan allá que pidamos que cada región se haga independiente, y constituya de por sí un Estado, puramente nacional. Muchos años hace que en nuestra *Historia de Galicia*—puesta hoy en el *Index* de los partidarios de la centralización—hemos dicho que queríamos *la diversidad dentro de la unidad.* A lo que parece, ni esto basta. Sin duda se quiere que, nuevos sicambros, quememos hoy lo que ayer adorábamos; que en nombre del Estado todopoderoso reneguemos de la nación á que pertenecemos, y que en aras del poder central sacrifiquen las provincias cuanto queda todavía en ellas de sagrado, esto es, su idioma, sus sentimientos naturales, su pasado, su mismo porvenir puesto en peligro de muerte por los egoismos centralistas.

No será así. Las regiones, ó si se quiere mejor, las naciones minúsculas, resisten con instintiva energía al aniquilamiento que las amenaza, diario, constante, imperturbable. Y resistir es todo ya. Que el plazo en que hayan de conseguir la victoria sea más ó menos largo, importa poco; lo cierto, lo indubitable para nosotros es que, al fin, el triunfo ha de ser suyo. No lo duden los que las creen tan muertas, que suponen que no falta ya más nada que echar tierra encima. Desde que parodiando la célebre frase de Sieyes, se dijo:—*¿Qué es la provincia? ¡nada! ¿Qué debe ser? ¡todo!* parece como que se dió plaza en el banquete de la vida pública á los organismos provinciales. Desde que rasgando, la túnica que cubre el cuerpo de este nuevo Lázaro, se hicieron patentes las llagas que corroen sus carnes, puede decirse que empezó para él el día de la eterna resurrección.

No extraña por lo tanto el empeño conque nos combaten ahora los amigos del Estado, uno, indivisible, coercitivo, poseedor de toda la vida pública y único dispensador de ella. Todavía extraña menos verles servirse de todo género de argumentos y, lo que es peor, de no escaso número de paradojas. La última, no es ciertamente la menos peregrina. Por boca del Sr. Sánchez Moguel vie-

nen á afirmar que de todos los partidarios de la renovación provincial, los más insensatos somos unos cuantos ilusos que entendemos y escribimos la historia de nuestro país á la manera de los que la inventan y no de los que la exponen.

De ser esto cierto, en verdad que valía la pena, de que el nuevo académico se ocupara de nosotros en el sentido que lo hizo; que nos comparara con los forjadores de falsos cronicones y sobre todo, que ante el grave concurso que le oía, nos declarase reos del más imperdonable de los delitos científicos, la ignorancia, para que así no tuviesen remisión nuestros pecados. Mas ya lo hemos dicho; el Sr. Sánchez Moguel, no teme presentarse á los ojos de todos, en pleno desconocimiento de causa, con tal de vencernos de golpe, en el centro de toda luz histórica, que á mayor abundamiento, irradia desde la corte á la periferie provincial. Sabiendo cuantos son los conocimientos que posee nuestro adversario y cuan notable y cultivado es su talento, en manera alguna entendemos que los evidentes errores que acumula en su *Discurso*, puedan ser involuntarios. Son un ardid de guerra, nada más. Vamos pues, á ver lo que queda de ellos.

* * *

Empieza el Sr. Sánchez Moguel como ya lo había hecho nuestro antiguo y cordial amigo Sr. Núñez de Arce, por no conocer en España más regionalistas que los catalanes y los gallegos; y aun de nosotros habla de tal manera que no parece sino que basta pasar sobre él la esponja del desdén para que desaparezca el regionalismo gallego, sólo vivo, cuando el enemigo lo afirma con sus hostilidades. Núñez de Arce, que más de una vez ha visitado Galicia, tiene nuestro regionalismo—no sabemos porqué—por "tímido, inofensivo y nebuloso," considerándolo "como un vago anhelo, nada más." El Sr. Sánchez Moguel va más allá, y nos reconoce como beligerantes; pero uno y otro escritor coinciden en la opinión de que las ideas regionales son por acá de muy escasa importancia. Quedemos sin embargo en que lo dicen porque las tienen por menos agresivas y por lo tanto por menos temibles. Porque si es verdad que las creen cosa inconsistente y pasajera, estaba demás el ataque: los muertos no piden más que tierra. Pero el caso es que,

agresivo ó no, el regionalismo gallego no es de hoy, viene de muy atrás, tiene profundas raíces en el país, y que, casualmente, lejos de ser innovación hija de la moda, *es tan antiguo entre nosotros el espíritu regional, que su constante manifestación en el tiempo constituye* UNO DE LOS CARACTERISTICOS MÁS ESENCIALES *de nuestra historia.* ¿Cómo no lo vió así el Sr. Sánchez que parece haber leído más de una *Historia de Galicia?*

Lo confesamos sin que nos duela; por lo de hoy y por causas que no creemos necesario especificar, el regionalismo gallego no tiene todavía la importancia material que debiera, para ser más efectivo: todavía no es más que un peligro remoto para el hecho avasallador de la centralización. Confesamos también que entre nuestros campesinos es tan desconocido, como el amor á la patria española en nombre de lo cual combaten y pagan. ¿Qué saben ellos de todo eso? ¿Qué rumor intelectual llega hasta sus apartadas viviendas? ¿Para qué se cuenta con ellos? ¿Cómo se les tiene? ¿Son para el Estado otra cosa que pequeños contribuyentes que llevando siglos de soportar, soportan todavía? Sin embargo, esperad. La emigración cada día más terrible, devuelve á las aldeas muchos hombres que esclavos ayer, aprendieron á ser libres, y que saben por experiencia como funcionan en otras naciones los organismos políticos. Ellos no son mudos, ni sordos los que han de oirles. Bastará en su día una sola chispa, para que se encienda el fuego y el incendio estalle. Será terrible lo que entonces pase: no lo dudeis. Es gente que está harta de sufrir, sin esperanza de remedio. Cuando una cuestión cualquiera,—la de foros hoy, mañana la de arriendos—arroje de sus casas á nuestros campesinos en rebelión; cuando tengan un jefe de quien fíen y éste les hable y lleve á donde quiera; cuando, en fin, se atrevan—y mucho tememos que no se atrevan pronto—puede asegurarse que veremos en Galicia cosas indecibles. A nuestras gentes del campo no se las conoce. Nadie sabe lo que bajo su humilde aspecto esconden de resuelto: nadie sabe tampoco de lo que serán capaces en su desesperación. Viven y mueren esclavos de todos y de todo; de la ley, del impuesto, de la renta, del capricho de los que pesan sobre ellos: callan y sufren resignados, por que en ellos la resignación es la fuerza por excelencia; más, ay! de los que encuentren á su paso el día de su có-

lera! Los *niños blancos* de Irlanda serán á su lado bien poca cosa. Proudhon lo dijo: el animal más terrible no es ni el león, ni el lobo, sino el cordero rabioso.

*
* *

¡Qué extraño es que ignoren todo esto nuestros adversarios, cuando ni siquiera saben lo que pasa en su propia casa!

Empeñado en agrandar nuestras culpas regionalistas, y presentar sin mancha á los suyos, el Sr. Sánchez Moguel, en un arranque de estremado celo centralizador, afirma «que no son ni pueden ser regionalistas los andaluces.» Ellos! por cuyas venas corre á raudales la sangre berberisca! Tan especial afirmación, cuando los hechos la contradicen por completo, equivale á cerrar de propósito los ojos á la realidad, olvidar la historia de Andalucía durante el dominio árabe, y tal vez ignorar que todavía á mediados de siglo XVII, un Medinaceli intentó formarse un reino en aquellas provincias. Pero, ¿es acaso necesario recordar tanto? ¿No hemos visto cómo combatieron los andaluces por las doctrinas federales y cómo, renovando de golpe las antiguas escenas de la dominación musulmana, crearon sus cantones, mientras Galicia, que tenía y tiene en su alma y su sangre el sentimiento regional, permaneció ajena á aquel movimiento suicida? Sobre la mesa tenemos un pequeño libro titulado «PATRIA Y FEDERALISMO» escrito en aquellos días siniestros por un sevillano y no nos cabe duda que amigo de nuestro académico. Pues bien, lea éste (pag. 185 y siguientes) y vea cómo, según el Sr. Tubino, debía organizarse Andalucía, una vez constituido el Estado Español federativamente. Pide para Sevilla una gran Academia de Bellas Artes; para Cádiz un instituto superior y geográfico-náutico-mercantil; para Granada, la gran Universidad bética; para Málaga, un jardín de aclimatación y una granja modelo; y en fin para las restantes ciudades andaluzas todo aquello que el amor y el conocimiento de su país natal le aconsejaba. Díganos ahora el Sr. Sánchez Moguel, si son ó no y en todo caso si pueden ser regionalistas sus paisanos!

De quien tan ligeramente pasa sobre hechos que todavía no han podido olvidarse por que están escritos con sangre, no debe extrañar nadie que sólo señale en Espa-

ña como corroidas por el virus regional más ó menos efectivo, á Cataluña y Galicia. Dónde deja á las provincias vascas? ¿No se tienen por tan nación, que por tal de conservar sus fueros, es decir, su autonomía, lo mismo les importa pertenecer al Estado español que al francés, como así se lo dijo, sin que ni ellas ni la historia protestaran, el Sr. Cánovas del Castillo, en un notable prólogo? (3) Vengadores hechos! la misma Castilla expresó sus instintivas ideas de la propia nacionalidad, en 1868, en una poesía, aunque mala, castellana, en la cual se leía aquel verso que, por su solecismo, tanto dió que reir en Valladolid en los dias de la revolución de septiembre:

Antes que nacional, soy castellano!

Y esto sin duda porque Castilla siente como provincia, la horfandad en que se la tiene, el aislamiento en que vive, la muerte que va ganando unas poblaciones, antes numerosas y ricas, sin gente hoy; y unos campos, si fructíferos en otros tiempos, al presente yermos casi. No se cometen en valde ciertas faltas.

Cualquiera diría que todo esto ignora nuestro docto impugnador, ó que conociendo tan notables hechos, no por eso les da la menor importancia. Para él, el regionalismo es cosa moderna, sin más antecedentes, ni más lazo con el pasado que aquellos ilusorios con que pretenden ligarle á la historia de sus provincias respectivas unos cuantos insensatos. Por lo pronto y á creerle bajo su palabra, al regionalismo gallego ha de tenérsele por nube pasajera que flota un momento en el cielo de la pátria: tenue y sin consistencia, un soplo basta para que se desvanezca. No tan sólo se halla en estado embrionario como escribe Nuñez de Arce, sino que descansa,--tal es al menos la opinión del nuevo académico--en las voluntarias afirmaciones de los que en nuestros días emprendieron la tarea de escribir la historia de este antiguo reino. Fácil cosa el echarlas por tierra, pues los trabajos históricos de esos ilusos valen poco; están á cien leguas de los que vieron la luz en el pasado siglo y son su fundamento. Para él, tan ilustres antecesores, no fueron ni siquiera igualados hasta ahora. Los que al presente vivimos y nos ocupamos de semejantes asuntos, lejos de perseverar en el buen camino en que habían entrado nuestros antepasados y

maestros, erramos como sombras por el campo de la investigación histórica, gracias á la manía céltica que nos aqueja y que el Sr. Sánchez Moguel, que la condena, da por nueva, y aun novísima, cuando en realidad—manía ó no—data ya en Galicia del último tercio del siglo pasado y fué teoría iniciada gloriosamente y con gran caudal de conocimientos, por persona, ya que no tan famosa como Arbois de Jubainville, al menos tan gran filólogo como él, por no decir más.

Todos estos y otros más agravios á la verdad hemos cometido y cometemos á cada momento los modernos historiadores gallegos. Afortunadamente, y á juzgar por el *Discurso* del Sr. Sánchez Moguel, no los conoce mucho mejor que á los antiguos, y así sus censuras son como flechas despuntadas; no penetran en la carne. Más ha de permitirnos, que no en defensa de los actuales, sino de los que fueron nuestros verdaderos maestros, añadamos que anduvo más que ligero al tratar de estos últimos, sin duda porque se dejó guiar por lo que algunos engreidos les pareció que podían escribir en provecho propio y menoscabo de autores de un tan superior entendimiento y literatura, que ni por el estilo, ni por la claridad y nervio del juicio, se hallan al alcance de los que con un desenfado semi-infantil, se atrevieron á juzgarles. No, ni Huerta es el historiador que más vale en Galicia, ni el único que deba citarse entre nosotros en la décima octava centuria. Le es, no dirémos igual, antes manifiestamente superior, Alvarez Sotelo, á quien el nuevo académico borra de una sola plumada, poniéndole entre los que aceptaban los falsos cronicones. Ni bajo el punto de vista literario, ni en el de los conocimientos históricos, tuvo quien lo igualase en su tiempo entre los nuestros. Lejos de seguir los falsos cronicones, los echa á un lado, y eso por los años en que estaban tan en boga, que se fabricaban otros nuevos, alguno de ellos debido á la inventiva del mismo Huerta y Vega, castellano, de quien se dicen maravillas en el *Discurso*. Sólo teniendo las noticias de segunda mano, y esta no muy hábil, pudo pasar, de otro modo no juzgaría á Alvarez Sotelo de la manera sumaria que lo hace; ni dejaria de ver que en las páginas de su libro, escrito en los últimos años del siglo XVII y principios del XVIII, late enérgica la expresión de la vida nacional del país gallego, hermosas páginas que encierran la protesta más

perentoria, más dura y también más merecida, con que Galicia respondió de golpe á los desaconsejados ataques de que empezó entonces á ser objeto por parte de los demás pueblos de la monarquía. (4) Sí, era entónces cuando apropósito de la guerra de Portugal, que tan duramente pesó sobre nuestras provincias, se dijo, sin duda para pagar como de costumbre los grandes sacrificios hechos entonces, que *al fin los gallegos empezaban á ser soldados*. Era entonces cuando el jesuita aragonés P. Butron, que vivía y comía entre nosotros, y aun, cuando le pagaban, escribía versos en alabanza de los naturales (5) daba á los cuatro vientos de la publicidad las malas sátiras contra Galicia que andan por esos mundos, algunas impresas, manuscritas las más, y todas dignas del olvido que las cubre. ¡Qué extraño por lo mismo, que el libro de nuestro Alvarez Sotelo sea un constante panegírico de su país, y una brusca y resuelta agresión contra los que le molestaban con sus burlas!

Si el Sr. Sánchez Moguel hubiese tenido presente todas estas razones, si conociese el largo calvario de la nación gallega, si supiese por experiencia cuan doloroso es sufrir las fraternales heridas que á cada paso nos inferían ciertas otras comarcas españolas, no llamaría «mezquino» al espíritu regional que nos anima. ¡No mezquino, antes vengador y austero!

* * *

Desde luego confesamos que si no hubiese más razones para ello, nunca los ataques y burlas, conque andaluces y castellanos nos vienen molestando, serían suficiente, á pedir de su notoria injusticia, para dar vida al sentimiento nacional de que está impregnada Galicia. No valía la pena. A unas burlas podía contestarse con otras, á unos juicios malévolos con otros peores (6). Pero sin que haya de negarse que esas mismas burlas son debidas á algo que indica antagonismos y antipatías naturales, hijas de la sangre y en ocasiones de la historia también, y que por lo mismo son su racional fundamento, fuerza es recordar al mismo tiempo que esas diversidades toman vida, cuando no se acentúan, gracias á que apenas hay una sola medida de las llamadas de interés general y que como tales acepta el poder central como si fuese el mayor de

los beneficios para los pueblos, que no venga á herir nuestro país y á introducir en él perturbaciones innecesarias, cuando no perjudiciales. Sólo el espíritu sumiso, tan propio de las comarcas puramente agrícolas, como lo es la nuestra, hizo posible que, más de una vez, no se levantase en armas. Si no lo hizo, no es ciertamente por que no haya quien se dé por agraviado, ni porque nuestro pueblo deje de sentir, por instinto casi, las ofensas que se le infieren: de modo que puede decirse que lo regional aparece aquí, á los ojos de todos, como una reinvindicación de los intereses anonadados, bajo la mano de una mayoría opresora, agresiva, y que solo atiende á lo suyo.

El peligro que por esto corre el Estado español, de que se ahonden las diferencias que nos separan, y conviertan en marcada hostilidad las relaciones que al presente unen á las diversas nacionalidades de que se compone, es tanto más sério, cuanto que Galicia se halla constantemente solicitada por Portugal, y que puede en un momento dado venir en su auxilio y tomarla para sí, sin que nos duela ni mucho menos.

NOTAS.

(1) «El rasgo característico de la provincia es el de una *independencia relativa*, que la hace MUY SEMEJANTE Á UN ESTADO. Ella tiene *su gobierno propio*, el cual, aunque subordinado al gobierno central se halla investido de extensos y autónomos poderes: en los Estados representativos, tiene á veces, *su legislación* y *sus órdenes:* todo ello, por otra parte, limitado á los intereses provinciales.

«Al Estado moderno le agrada demasiado la unidad para favorecer esta reforma. Francia, España, Inglaterra, y recientemente la Prusia la han abandonado.......

«*La desaparición de las provincias no deja sin embargo de destruir los caracteres originales y los gustos naturales:* una gran uniformidad *ahoga muchas veces la parte sana y fecunda de la vida de un pueblo.* Las naciones germánicas sienten más vivamente que las latinas el deseo de las libertades provinciales.» Bluntschli, *Theorie general de l'Etat.* p. 226.

(2) Nuñez de Arce, *Discurso leido en el Ateneo de Madrid el* 8 *de Noviembre de* 1886, pág. 20. Ya á la pagina 13 había dicho que el regionalismo gallego «se dibuja hoy como un embrión informe,» añadiendo, que los que impulsan el movimiento literario «no se desdeñan de escribir tan corrientemente como el habla nativa, la lengua castellana:» cosa que no sabemos por qué le extraña, pues lo mismo pasa en todas las comarcas bilingües, sin que estorbe para que conserven su carácter nacional y tiendan á su reivindicación. Irlanda cuya antipatía hacia Inglaterra es tan conocida, va olvidando su lengua, casualmente porque no es oficial, y si, como dice H. Martin, el irlandés maldice de Inglate-



terra en inglés, es porque se le entienda en donde es de derecho. Tal vez no fué otra la causa de que las famosas *Melodías irlandesas* de Moore, que son la expresión más elocuente de los dolores, de las esperanzas y hasta de los sueños de aquel pais subyugado, se escribiesen en lengua inglesa, siendo necesario después traducirlas al idioma nativo. Mas fuéranlo ó no, semejantes hechos no estorban para que, no digamos las antipatías, sino los odios de raza, sean cada vez más vivos. No ha mucho se hallaron en un puerto vecino un inglés y un irlandés. Este bablaba la lengua de sus dominadores y al oirle, le preguntó el primero si era inglés.—No, respóndió el interpelado, soy irlandés. Y como su interlocutor dijese:—¡Es lo mismo!—replicó aquel vivamente.—No, es mejor.

Confesemos que por más que este diálogo haya sido sostenido en lengua inglesa, no por eso deja de ser un eco fiel del inquebrantable antagonismo de ambos pueblos.

Tambien afirma el Sr. Núñez de Arce (p. 20) que ni en las grandes ciudades de Galicia «completamente castellanizadas», ni en las aldeas, preocupa gran cosa el regionalismo. Nuestro amigo hace demasiado caso de un hecho que no negamos, pero del cual no se desprenden las consecuencias que de semejantes premisas sacará indudablemente el lector no gallego, pues por acá gracias á Dios, sabemos á que atenernos. Nos basta con que todas las inteligencias del país acepten las ideas regionalistas y que el pueblo en general las sienta. De que no sea tan ruidosa su manifestación, no se sigue que sean menos queridas.

En cuanto á que las ciudades de Galicia «están completamente castellanizadas», suponemos que lo dirá porque en ellas se habla, como no puede ser menos, la lengua oficial. No por otra cosa. De lo contrario, y para ser más exacto, debió decir, y así es la verdad, que nuestras principales poblaciones son por completo europeas, no por que se entienda y aún hable en ellas el castellano, que esto nada importa para el caso, sino por su gran cultura. Debe advertirse así mismo, para que cada cosa quede en su lugar, que si en nuestras más populosas ciudades se habla la lengua de Castilla, es por las clases acomodadas y eso en sus relaciones exteriores: en la vida íntima y entre la mayor parte del pueblo. el gallego es el dominante.

Para concluir. Agrádanos sobre manera el entusiasmo con que el Sr. Nuñez de Arce,—haciendo obra regionalista—habla del idioma de la España central, impuesto á las provincias como lenguaje propio por el hecho de la monarquía vencedora. Mas las razones que al paso aduce para declarar legal la supremacia del castellano sobre las lenguas congéneres son tan deficientes, que no resisten la crítica. Y esto porque no siempre se saben bien ciertas cosas, cuando hace falta saberlas. Por que la verdad es que el castellano no es superior al portugués, ni menos alcanzó la supremacia de que se hace alarde, «por causas mucho más altas que la caprichosa voluntad de los hombres.» Tampoco es cierto «que en virtud de la fuerza expansiva de la raza de donde proviene,» alcanzase el predominio de que goza. Las causas son más humildes. El castellano logró ser lengua oficial, primero por razones puramente geográficas, después por las históricas. Gracias á que en su territorio se estableció la corte, se hizo dominante la lengua que en ella se hablaba. Fué lo que pasó en todas partes. El francés de la Isla de Francia tornóse en lengua oficial porque el rey vivía en París. Otra cosa hubiera sucedido á fijarse la córte en Toulouse. El gallego es idioma nacional en Portugal, por las mismas razones. Pero crea nuestro distinguido amigo, si el reino leonés hubiese subsistido un siglo más, y en vez de tener, por razones estratégicas la corte en León, la hubiese establecido en Santiago; si en vez de unirse con Castilla en el siglo XIII, lo hubiese hecho con Portugal, y en fin, si despues de esto, la monarquía castellana hubiese entrado á formar parte del estado portugués en los desastrosos reinados del de las Mercedes y sus hijos ¿quién duda que conservándose la corte en Lisboa, la lengua oficial en España, sería la hablada en esta parte del N. O. de la Península? Y en verdad que nada se perdería en ello. Camoens vale bien Cervantes.

(3) Vid. *Los vascongados, su país, su lengua y el príncipe L. L. Bonaparte*, por D. Miguel Rodríguez Ferrer, p. XXXII y otras del prólogo del Sr. Cánovas.

(4) Nuestro Alvarez Sotelo fué el primer historiador que para contestar á lo que se decía de la esterelidad y poco acomodo de Galicia, así como de la



ineptitud de sus habitantes, creyó necesario escribir su primer libro, en el cual demuestra lo fértil de esta tierra, lo benigno de su clima, y la distinción é inteligencia de sus hijos. He aquí los más significativos párrafos que consagra á tan noble tarea. «De esto toman osadia muchos extraños que vienen hambrientos y desnudos á estas montañas, abrigados de algún príncipe eclesiástico, favorecidos de algún señor secular, por hablar mal de cuantas cosas lleva el Reino, despues de haberlos Galicia levantado del polvo de su miseria y mendiguez á abundancia de regalos y riquezas. Pasan después á hacer alarde de las grandezas de su patria y cuentan paradojas tan descomunales que no hay orejas que puedan tolerar tan fantásticas hipérboles. Muchas veces oí exagerar algunas cosas que jamás produjo el terreno de aquella región y las que en ella se encuentran se llevan de lejanas tierras. De todos estos, solía decír sonriéndose y á veces amostazado, un entendido:—*Comed puercos mas no gruñais: alabad vuestras bellotas, pero no mintais tan demasiadamente; abrid los ojos del alma y conoced la miseria en que os criasteis; limpiaos de pasión y vereis la abundancia de que gozáis; no seáis ingratos á quien tanto bien os hace»*. etc.

(5) En sus *Poesías*, (ms. de la R. Acad. de la Historia se lée, entre otras, aquella composición que empieza

Que ilustre os hizo el cielo, que entendida,

que dirigió á la notable hija de Noya Dª Aldonza Castro Villamarin, monja de S. Payo (Santiago) la cual había regalado dos ducados al buen Padre.

(6) Cuando se escribía en Sevilla aquel soneto;

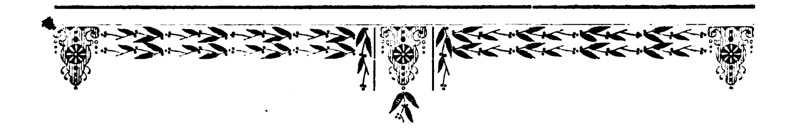
Soberano Señor que permitiste
Que los gallegos os llamasen padre, etc.

un sobrino de nuestro ilustre Cornide daba á entender en carta fechada en la ciudad del claro Betis, que los sevillanos eran gentes de muy escaso valor intelectual. Las razones en que se fundaba puede verlas el Sr. Sánchez Moguel en la Biblioteca de la Academia que guarda entre otros papeles interesantes del que fué uno de sus más distinguidos individuos y secretarios perpétuos, la correspondencia seguida por dicho Sr. Cornide con varios sujetos, sobre diversos asuntos históricos y literarios. El sobrino no hablaba de memoria, pues residía en Sevilla y escribió una *Historia de las inundaciones del Guadalquivir*.

Lo más curioso del caso, en esto de las burlas y epigramas á Galicia, es que en su mayoría partieron de Castilla y de Andalucía y en este último país, de Córdova, en cuya ciudad, como notó un amigo nuestro, no se encuentra un cristiano, mejor dicho, un europeo. Esto no obsta, sin embargo, para que el Sr. Núñez de Arce y el Sr. Sánchez Moguel pretendan que en nuestra calidad de rsgionalistas, incipientes ó nó, es igual, no somos buenos españoles. De Córdova era Ambrosio de Morales, que escribió tan á la andaluza su famoso *Viaje Santo á Asturias y Galicia*, breve y de poca sustancia, pero lleno de omisiones y errores. El buen cronista, que tenia de Arzobispo de Santiago á su tio D. Juan de S. Clemente, á quien constaba otra cosa, llegó hasta afirmar que los gallegos *eran de escaso entendimiento!* A su vez Góngora, á quien Lope de Vega decia:

He de untarte mis versos con tocino
Para que no los roas, gongorino,

aludiendo á su sangre semita, esgrimió tambien sus armas contra Galicia por que el conde de Lemos, que tanto le había favorecido, no le daba más. Y aquí es cuestión de advertir que la mayor parte de los cuentos que los andaluces aplican á cada momento á los gallegos, ni siquiera son originales. Corren por Europa dirigidos contra otros pueblos como tendremos ocasión de probarlo. Mas lo que ignoran los españoles del Mediodia, es el perfecto desdén con que los miran estas gentes del noroeste, y la poca estima en que les tienen. Seguros nuestros paisanos de su superioridad física é intelectual no se dignan siquiera tenerles en algo. Y así como los ingleses aseguran que el que mata un inglés mata un hombre, el que mata un francés, medio, y el que mata á un español, nada, así nuestros campesinos afirman que *o que mata un d'esas terras* (para ellos *esas terras* equivalen á Andalucía) *non matan á ninguen*, esto es, á nadie.



II.

PORQUE la verdad es, que así como Cataluña puede, en un momento dado acogerse bajo el pabellón francés, (1) puede Galicia buscar á su hora, el amparo de sus hermanos los portugueses. Ellos no habían de rechazarnos. Creencia común es entre los escritores de Portugal, que aquel Estado no estará completo mientras no formen parte de él las provincias gallegas, cuando menos. Fiel á este pensamiento, Theophilo Braga increpa á la casa de Braganza, acusándola de poco previsora, porque á su juicio no trató de extender, ya que no las fronteras, al menos las simpatías portuguesas, en las provincias gallegas, en otro tiempo hermanas, y que teniendo un mismo origen y lengua, y siendo de una misma sangre, parece que no esperan más

(1) O ser anexionada. No sólo Napoleón I la incorporó al imperio, sino que Napoleón III creyó fácil que la bandera tricolor ondease hasta el Ebro. Todavía recordamos como se hablaba no hace muchos años, cuando estaban en moda las anexiones, del pensamiento que al decir de las gentes se abrigaba en las Tullerías, respecto á apoderarse de Cataluña y de las islas Baleares. Esta idea no era sin embargo, de las puramente napoleónicas. El Sr. Sánchez Moguel debe conocer el *Tratado* que en 1641, celebró Cataluña con el rey cristianísimo, merced al cual el principado y los condados del Rosellon y Cerdeña, reconocían la soberanía de Francia. Tampoco debe ignorar las palabras con que Melo, afirma (*Hist. de los movimientos, separación y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.*) que sin las guerras en que entonces estaba empeñada la vecina nación, Cataluña se hubiera perdido para el Estado español. «Cataluña, dice, era una joya sobrado rica pero despreciada y *perdiérala España para siempre así como perdió el Rosellón,* apéndice del principado.» etc.

que el momento oportuno para unirse definitivamente. Sin embargo, ni el autor citado, ni los que le siguen en las quejas tienen razón. Se conoce que también por allá andan flojos en historia. Los monarcas portugueses tuvieron siempre la vista fija en Galicia. Así lo reconoce el mismo Olivera Martins, cuando escribe en su *Historia de Portugal*, t. I, p. 47, que la hegemonía de Portugal en Galicia «era un pensamiento decisivo y fijo en los monarcas portugueses.» Es una verdad que no se escapa siquiera ni á este paradójico escritor, enemigo del principio federativo. (2) No se hable de los tiempos medios, en que cada guerra con León y Castilla equivalía á una nueva invasión del territorio gallego; baste con saber que, si el que se apellidó Carlos III de Austria hubiese logrado sentarse en el trono de España, la actual Galicia entraría á formar parte integrante del pueblo lusitano, en virtud del Tratado de 1703; y que sí más tarde, á mediados del pasado siglo, se hubiera realizado el proyectado cambio de la antigua provincia de Tuy por la Isla del Sacramento, Vigo sería hoy para nosotros un puerto extranjero y las fronteras portuguesas se alargarían hasta el corazón de la Galicia actual. Una vez verificado el cambio, bastaría cualquiera ocasión oportuna para que nuestras provincias entrasen, fácilmente y sin saberse cómo, á formar parte de los dominios que rige la casa de Braganza.

Ciertamente que el oir hablar de semejante peligro hará sonreir á los políticos centralistas que entienden que en la Plaza de Oriente y en la de las cortes se encierra todo el derecho del poder legal; más ¿de qué no se riyeron, creyéndolo imposible, que no tuviese lugar al día siguiente? No se hable de las contingencias que pueden surgir mañana y de la posibilidad de un conflicto cualquiera entre España y una poderosa nación que conoce á Galicia perfectamente y que no se desdeñaría de poseerla, cualquiera que fuese la forma en que pudiese hacerlo: concretémonos á Portugal y hagamos notar que si en nuestro país no estuviese tan arraigado el torpe desdén conque miramos á los que viven al otro lado del Miño; si por uno de esos movimientos tan fáciles en los pueblos de razón, como lo es el ga-

(2) *Portugal Contemporáneo*, t. II p. 427 y siguientes. Llama á la federación «quimera nacida del error de suponer agregadas las naciones.» Las naciones no pero sí los grandes Estados, que ya es otra cosa.



llego, tan injustificada animadversión se convirtiera en amor, y rompiendo las vallas y llenándose el vacío que nos separa, nos viésemos unidos por el interés como lo estamos por la sangre; si este espíritu regional que nos anima pudiera en hora propicia desenvolverse al amparo de las cinco quinas, sería curioso, y más que curioso, instructivo, el ver lo que pasaría entonces y lo que dirían nuestros adversarios. Y que estas cosas, por remotas que parezcan, pueden ser una facilísima realidad el día menos pensado, es lo que sólo pondrán en duda los poco acostumbrados á las mudanzas del mundo. Los hechos pueden repetirse.

Por de pronto el Sr. Sánchez Moguel, que ha leido *Las Nacionalidades* de Pí Margall, habrá tropezado fácilmente, en la página 240, con un párrafo por demás instructivo y tan para el caso como lo es aquél, en que refiriéndose el autor al conde Toreno y á lo que este asienta en su *Historia de la Guerra de la Independencia*, nos dice que por aquellos dias «Galicia tenía proyectada y á medio hacer una federación parcial de las provincias del Noroeste». Lo que ni uno ni otro escritor recuerdan, es *que en esa federación entraban tambien* LAS PROVINCIAS DEL N. DE PORTUGAL. (3)

Por tan importante detalle, puede formar idea el Sr. Sánchez Moguel de cuan arraigada está en el alma de Galicia el sentimiento de su nacionalidad, y de como su manifestación exterior es más antigua de lo que él piensa y afirma, cuando refiriéndose al movimiento regionalista catalán, le dice anterior al 1863, mientras que al gallego no le señala fecha, aunque parece que entiende ser posterior. Por poco que conociese la historia contemporánea de Galicia, de conocerla algo, le sería muy fácil decir que data de muy atrás. Sin remontarse mucho podía recordar el carácter francamente provincial que tuvo en nuestro país el renacimiento literario de 1837 á 46 y, si no era bastante, en *El Recreo Compostelano* (1842 á 43) vería con toda claridad, que en sus páginas se echaron las bases del regionalismo gallego, en tal modo, que en 1843, fué fácil ya, que la *Junta Central de Galicia*, reunida en Lugo, *discutiese y pusiese á votación* SI DEBÍA Ó

(3) Y no solo Galicia, sino también las provincias de Oviedo y Leon, con lo cual, volvía á resucitar la provincia gallega del tiempo de los romanos.

NO ESTE ANTIGUO REINO DECLARARSE INDEPENDIENTE. De haber prevalecido la opinión de Faraldo y los que con él votaron, Dios sabe lo que hubiera dado de sí este nuevo elemento de discordia, unido á los que á la sazón devoraban á España. Dirase á esto que la misma derrota experimentada prueba que semejantes ideas no estaban en la masa del país, sino en unos cuantos ideólogos, como diría Núñez de Arce; pero no es cierto. Apenas habían trascurrido dos años, cuando veía la luz en Santiago *El Porvenir*, el primer periódico de cuantos en todo tiempo se publicaron en Galicia, y en él se decía claramente "no queremos ser más quegallegos;" añadiendo que el espíritu hostil que le animaba, "era el grito de Varsovia contra los rusos de Madrid." Todo esto ¿le parece todavía poco al señor Sánchez Moguel? ¡Será posible! . . . pero advierta como tras la predicación vino el hecho; cómo se intentó una revolución, única por esencia regional, cómo, en fin un príncipe de una familia reinante tuvo con los que iniciaron el movimiento militar de 1846 y muy especial con nuestro paisano el Sr. Lasagra, relaciones de una índole tal, que todavía no puede la historia levantar el velo que las cubre. Y si aún esto no bastase al nuevo académico, sepa de una vez que el regionalismo tal como hoy se le conoce, hizo su aparición oficial en *El Clamor de Galicia*, que se publicaba en la Coruña en 1855 y dirigía el señor Vicetto, definiéndose claramente en *El Miño* de Vigo, que apareció dos años despues y fué el principal órgano de estas doctrinas, en unos dias en que á toda tendencia política se había impuesto el más duro de los silencios. De las mismas prensas de *El Miño* salieron, en 1863, los *Cantares gallegos*, libro que se consideró entonces como un verdadero grito de guerra de estas provincias subyugadas, en tal manera, que su aparición fué saludada en Cataluña, á la sazón en todo el hervor de su renacimiento, igual que si fuese cosa propia. Siguió despues nuestra *Historia de Galicia*, á la cual concede el Sr. Sánchez Moguel el alto honor de señalarla como base y punto de partida de las ideas regionalistas en Galicia, cuando la cree y tiene por viciado producto de las tendencias separatistas.

Y aun hace más: supone, y es por cierto un gran error, que la historia sufrió á la sazón, entre nosotros, el

influjo de las susodichas tendencias y que las refleja, cuando en realidad no hay aquí fuente histórica alguna de que no deriven naturalmente las ideas regionalistas que nos son propias. Dijera nuestro adversario que la historia vino entonces con sus recuerdos á reanimar los antiguos pensamientos, y diría mejor; dijera, que poniendo á la vista el cuadro de la vida anterior, contribuía fatalmente á la obra de la renovación provincial, y estaría en lo cierto. El mismo hecho de desearse con tantas ansias la aparición de una historia del país gallego, adecuada á nuestro tiempo y á nuestros pensamientos, prueba que el amor á Galicia había adquirido en la conciencia pública el incremento necesario para imponerse á todos como una necesidad y realizarse con las condiciones deseadas. Así pues si ese libro no había de responder al movimiento especialísimo que le daba vida, era mejor que no se escribiese: faltando á su misión, defraudaba las esperanzas en él puestas.

* * *

Y no se entienda que con semejantes palabras defendemos el hecho de una historia concebida y escrita con ánino de servir los apetitos públicos. Muy lejos de eso. Maestra de los hombres, dejaría de serlo, si no reflejase la verdad misma. Pero de esto á desconocer que á veces la historia tiene misiones providenciales que cumplir, media un abismo. Los que no se toman el trabajo de estudiar semejantes asuntos y conocer su génesis; los que sólo atienden á lo exterior y toman el hecho sin averiguar sus causas, caen en error forzoso y no se desentienden de él en los razonamientos sucesivos; así sucede en en el caso concreto á que nos referimos. Nos acusan de faltas imaginarias, sencillamente porque no han logrado hacerse cargo que las historias particulares, en Galicia como en todas las provincias con pasado autonómico, tienen que ser, á la hora presente, por esencia regionales. Está en su índole y en la serie de problemas que hoy nos preocupan y en cuyo auxilio se llama á las ciencias históricas, como únicas que pueden ilustrarlos debidamente. Es más; estudiando el pasado á la luz de las necesidades y de los pensamientos actuales, forzoso fué que la historia, abandonando los viejos caminos, dejase de narrar tan

sólo y se tornase en una verdadera ciencia social. Desde ese momento se hizo humana y se ocupa de los problemas que nos agitan, hasta cuando parece que los olvida y desdeña. Porque así como el hombre es de su tiempo, la historia lo es también; con sólo poner en frente de la vida actual de las provincias desheredadas el cuadro de su vida anterior, ya hace obra regionalista: con sólo hablar á los pueblos muertos de sus glorias y bienandanzas pasadas, hace que surjan en su corazón los pensamientos hostiles á las grandes agrupaciones, en cuyo altar han sido sacrificados. Al calor de aquellos recuerdos, se reanima el espíritu de resistencia provincial—en Galicia latente de siglos atrás—que viendo todas las cosas del país bajo el punto de vista del propio bienestar, busca en la historia la legitimidad de sus nuevas aspiraciones. Por esto los primeros regionalistas fueron los historiadores. En la misma Francia, en 1820, y por lo tanto mucho antes que Proudhon escribiese acerca del princio federativo, Mr. Ag. Thierry, á quien basta nombrar para que se sepa el respeto que merece, había publicado aquel notable artículo *Sur les libertés locales et municipales*, en el cual tan insigne historiador esboza el programa regionalista. Y es que nunca como en el siglo actual, fué la historia la verdadera maestra de los hombres, y el historiador el político por excelencia en su tiempo! No extraña por lo mismo que, refiriéndose Thierry á los discursos que Mirabeau había pronunciado en los *Estados de la Provenza*, diga que el elocuente tribuno hace constar en ellos el nombre de la *nación provenzal*, *las libertades de la Provenza*, y los derechos de las comunes de la Provenza. «Estas fórmulas, añade el ilustre historiador, de las cuales nuestro lenguaje está desde hace tiempo desacostumbrado, parecen, al primer golpe de vista, no ser otra cosa que ficciones oratorias, tal al menos debe ser nuestra involuntaria creencia, porque después de treinta años, no conocemos los franceses más derechos que los declarados en París, más libertades que las sancionadas en París, más leyes que las hechas en París. Sin embargo, no eran entonces frases vacías de sentido: *entonces el patriotismo francés tomaba doble fuerza en el patriotismo local*, que tenía sus recuerdos, su interés y su gloria. Realmente *se contaba con naciones dentro de la nación francesa:* había la nación bretona, la borgoñona, la aqui-

tana, la del Languedoc, el Franco-Condado, la Alsacia. ESTAS NACIONES DISTINGUIAN, SIN SEPARARLA, *su existencia individual, de la gran existencia común;* SE DECLARABAN REUNIDAS, PERO NO SUBYUGADAS,» etc. No afirma otra cosa Odyse Barrot, (*Let. sur la phil. de l' histoire*) cuando dice que la unidad francesa «que data de ayer, de esta mañana, que no tiene raices en el pasado», verá formarse sobre sus ruinas *cinco Estados* (sic) 1º La Francia, 2º La Bretaña, 3º La Aquitania, 4º La Borgoña, 5º La Lorena. Con verdadero acento profético añade: «la Flandes Francesa y el Artois tornarán á su verdadera nacionalidad, volviendo á ser belgas; *la Alsacia ni siquiera confinará con la Francia*, (Barrot escribía en 1864) y todo el valle del Leman y del alto Rhône entrará en la Borgoña». Todo esto se decía en el vecino imperio, sin otro correctivo que el libro de Mr. Girardin, el partidario de los ESTADOS DE HECHO, que murió viendo á la Francia, *Estado de hecho*, sin la Alsacia y la Lorena.

Es inútil, pues, pensar y decir que estas no son tendencias naturales en las provincias con pasado autonómico, menos todavía creer todo ello cosa de espíritus levantiscos ó que buscan la notoriedad. En esa Francia que parece la heredera de la antigua Roma por lo mucho que exageró la centralización, en esa Francia que se proclama todavía *una é indivisible*, Regnault escribe: *La Province, ce qu' elle est, ce qu' elle doit être*, y en la cual viene á afirmarse que «las fortificaciones de París separan la capital de las provincias, como la tumba separa la vida de la nada.» En esa Francia, Odyse Barrot proclama que «el patriotismo, la libertad, el valor propio del individuo es en sentido inverso, proporcional á las dimensiones del país; que tanto más grande es la nación, tanto es más pequeño el individuo.» En esa república, *una é indivisible*, el príncipe de Broglie, fijándose en las tentativas de la renovación política de las provincias, la aplaude, la alienta y tiene como una válvula de seguridad contra las exageraciones y el *trop plain* de Paris. En ella el mismo Tocqueville afirma que, cuando Luis XIV decía, el «Estado soy yo,» en los mismos días en que la *centralización gubernamental* era lo más fuerte que pudiera concebirse, la *centralización administrativa* era menor que la de nuestros días.

Inútilmente pues, asegura el Sr. Sánchez Moguel

(página 42 de su *discurso*) que no son regionalistas las comarcas bilingües de Francia é Italia. «Nunca,—según él, lo dijeron tanto Roumanilles como Mistral,—hemos confundido los intereses políticos con los literarios; los que esto hagan en otras partes, los que se valgan de las letras para sus fines particulares, sin duda son los mayores adversarios de la poesía y de la patria á un tiempo». Si estos dos ilustres poetas dijeron esta ilustre tontería, puede replicárseles que los hechos responden por nosotros con la elocuencia necesaria para afirmar que, bajo el cielo que alegra la patria de los Girondinos, Ricard escribe *Le Federalisme* y lo dedica al país de Languedoc, diciéndole que su libro «es un voto por el buen éxito del gran renacimiento meridional de la patria roumana, de su lengua, de su libertad y de su gloria». ¡De su libertad! ¿lo entienden bien nuestros adversarios?

Lo grave en todo esto es que el Sr. Sánchez Moguel pasa tan ligeramente sobre tales cosas, que parece que no les da importancia, ó que basta que él lo afirme para que no tengan contestación posible. No es verdad que las comarcas bilingües de Francia, no combatan por su autonomía, siquiera sea teóricamente. El mismo Mistral, en el famoso banquete de Saint-Remy (septiembre de 1868) terminaba su brindis con estas memorables palabras: «Y cuando cada Provenza y cada Cataluña hayan reconquistado de este modo su honor, vereis á vuestros pueblos convertirse en ciudades; y allí donde hoy veis tan sólo un poco de polvo de provincia, vereis nacer las artes, vereis crecer las letras, vereis engrandecerse los hombres, *vereis florecer una nación*». ¡Una nación!... En cuanto á la Bretaña, de la cual habla como de cosa que le es familiar, aun puede decirse más. No sólo tienen su natural significación las frases con que el conde de Carné da comienzo á su obra *Les Etats de Bretagne*, sino que el vizconde de Villemarqué recuerda el grito de guerra bretón —No, no ha muerto todavía el rey Arturo!—grito en el cual se encierra la expresión de los deseos que su país siente de la reivindicación de su nacionalidad, puesto que aquel mismo autor, á quien no puede ciertamente creérsele enemigo de Francia, le apellida *símbolo de la nacionalidad política de Bretaña*. Lo mismo puede decirse de la Lorena, hoy fuera ya de los dominios del estado francés. El conde de Hausonville, autor de la *Hist. de*

l' union de la Lorraine á la France, se expresa, al contar la anexión de aquel territorio á la corona de Francia, de una manera tal, que tan elocuentes páginas pueden tomarse como el contínuo quejido exhalado por aquella pequeña nacionalidad vencida. Su actual unión á la Alemania no les es tan aborrecible que no la hayan preparado y hecho deseable muchos de sus hijos. Otro tanto pasó en la Alsacia. Muéstrase en Paris empeño en que aparezca á los ojos del mundo, unida por la voluntad pública á las demás provincias francesas, pero las cosas están bien lejos de ser así (4). Aparte de que hay muchos alsacianos que se alegran de haber pasado al poder de Alemania, y que lo dicen públicamente, hay que recordar que, en todo caso, su amor á la Francia no es de tan larga data. Todavía á principios del siglo se batían como alemanes contra los franceses. Qué más, el mismo Franco Condado, al cual en sus sueños de adolescente, Charles Nodier *pretendía libertar del yugo francés*, fué anexionado á la Francia en medio de tales crueldades y devastaciones, que á su lado las más terribles conquistas de la antigüedad, nada son ni nada significan. En el corazón de sus hijos quedó un odio invencible á las grandes agrupaciones; odio tan vivo, que pudiera decirse que va más allá del tiempo y, animando la sangre de cuantos nacen bajo su cielo, vino á prestar á la poderosa voz de Proudhon los terribles acentos con que hiere de muerte á la centralización, y dá á su invencible lógica la fuerza con que aquel su tan ilustre conciudadano defiende el principio federal.

En vista de todo esto, ¿se sostendrá todavía que no hay en Francia, quien desee que vuelvan á la vida que tuvieron las antiguas nacionalidades de que se compone la actual república? No ciertamente, á ménos que no se quiera negar la evidencia. Y no se objete que los que tanto piden son tan sólo ciertos políticos fuera de todo concierto en los partidos militares, ciertos enamorados de las

(4) Dos causas, ajenas por entero á la cuestión de nacionalidad, mantienen viva en la Alsacia la agitación de que á cada paso nos dan noticia los periódicos. Echan de menos el dominio de Francia los republicanos, que á dos pasos de la república, se ven privados de su goce, y así mismo los católicos que aborrecen el protestantismo alemán, más que al imperio germánico. El dia que éste entienda sus intereses y dé á las provincias anexionadas un gobierno propio, puede decirse que acabarán para siempre en ellas los sentimientos favorables á Francia, sean los que quieran los motivos que les den vida.

cosas pasadas que inútilmente pretenden restaurarlas; en una palabra, unos cuantos amigos de la notoriedad, que la buscan por donde pueden.

Dumas hijo, no es político, no busca seguramente un puesto oficial que, de obtenerlo, vendría á minorar la consideración de que goza: no es un provincial, es un parisien que ama la ciudad nativa como los regionalistas su país, es además un poeta, á quien agrada ocuparse de los grandes problemas sociales y que lo hace siempre con aquel gran sentido de que dan tan notoria prueba los prefacios de sus dramas; pues bien, en el de *La femme de Claude*, escribe: «vivimos en una época en que cada raza ha resuelto reivindicar y tener como quiera que sea, su suelo, su hogar, su lengua y su templo.»

***

Lo mismo pasa en Italia. Ocupada por entero en la gran obra de su unificación, bien se veía cuanto costaba á todos sacrificar en aras de la patria soñada, los pequeños estados que debían formarla. No habia un sólo político que dejase de sentir el peso de tan gran dificultad; los que querían la federación, y los que deseaban á todo trance la Italia una é indivisible. (5) Les dolía tocar al arca santa de las pequeñas nacionalidades. Por su parte, éstas no se dejaban anular sin protesta y sin quejas. La Toscana sobre todo. El mismo Cavour entendía faltarle algo propio el dia que la corte saliese de Turín. Mac d' Azeglio, contando á su hijo la muerte de aquel grande hombre,—tal vez el mayor político de su siglo,—escribía estas sencillas pero memorables palabras: «Camilo decía que él no dejaría jamás el Piamonte, y que si el gobierno se trasladaba á otra parte, haría que le nombrasen gobernador de Turín. Que él quería vivir y morir aquí.» (6) Este respeto á la pequeña, á la amada, á la patria sin rival en el corazón de los buenos ciudadanos, esto es la provincia, la verdadera tierra nativa,—era en Italia cosa de instinto casi, hasta en aquellos dias de delirio por la unidad.

Según Proudhon: (*La federat. et l' unité en Italie*)

---

(5) **Entre ellos** Mazzini que decía que «él predicaba la unidad, mientras los hábiles no hablaban á la Italia que de federalismo.» *Carte de Mazzini á Daniel Stern.* Es confesión importante.

(6) *Souvenirs historiques de la mrquise Constance d' Azeglio,* página 678.



Montanelli, Ferrari, el general Ulloa querían la federación de los estados italianos. De esta misma idea se habia hecho apostol el abate Gioberti, en su *primato civili e morali de gl' Italiani*, poniéndola bajo el amparo de un Pontífice tan poco acepto á los italianos como Gregorio XVI; y á su vez el P. Tosti en su *Hist. de la liga lombarda* bajo la jefatura de Pio IX, de quien tanto se esperaba en aquellos dias de esperanza.—Santísimo Padre, atreveos! le decía.

Pio IX no se atrevió, pero sí Víctor Manuel, en cuyas manos el mismo Gioberti (*Rinnovamento*, *París-1852*) concluyó por poner la suerte de Italia. Al otro día del golpe de Estado de Luís Napoleón, el ilustre representante de la casa de Saboya, que había aceptado el papel de libertador, que Dios y los hombres le habían impuesto, escribía: «Sin miedo, con la sonrisa en los labios, esperamos los nuevos sucesos, y cuando la guerra estalle, vive Dios! que si el Presidente tiene valor, espero hacerla á su lado.» Palabras proféticas que debían tener bien pronto su consagración! Más no sin que se viese obligado á sortear, como quien dice, las repugnancias de los diversos Estados italianos, que aun deseando formar parte de aquel gran todo que hoy llamamos reino de Italia, no se avenían á perder su carácter y condiciones de pequeñas pero vivas indidualidades nacionales. Así pués, cuando las terribles y costosas victorias hicieron forzosa la paz de Villafranca, ésta se estipuló bajo la base de una confederación, cuya presidencia honoraria se daba al Papa. Todo inútil. Las provincias de que se trataba, se negaron á entrar en ella y, por dos plebiscitos sucesivos, acordaron su anexión al Piamonte. (7) Pero aún así y todo, no se hizo sin que Ratazzi, acusado de municipalismo, tratase de dar forma á la confederación, poniéndola bajo la dirección de Víctor Manuel y sin que dejase de presentarse á las Cámaras del Piamonte el proyecto federal del Reino de Italia, redactado por Farini y Ratazzi y

(7) Cualquiera creería que en esto hay plena contradicción entre los hechos y lo que nosotros decimos. No es así. Por el tratado de Villafranca, los Estados que debian entrar á formar parte de la Confederación, se ponían de nuevo bajo el poder de los principes desposeídos. A esto era á lo que se negaban, votando su unión al Piamonte. Por lo demás consta que la Toscana, que fué uno de los Estados que con mayor empeño entraron á formar parte de los dominios de Víctor Manuel, fué la que más sintió el hecho de su anexión y la pérdida de las ventajas que le proporcionaba su anterior autonomía. Otro tanto pasó en Nápoles.



completado por Minghetti en su *Memoria* al Consejo de Estado. El republicano Regnault, refiriéndose á este asunto, dice terminantemente: «Es la primera vez que un rey ha redactado y propuesto un pacto federal. *Mejor dicho, es el último refugio de las Monarquías que deseen subsistir.»* Por eso daba tanto que reir la inocencia con que un diario madrileño—el más genuinamente burgués de todos y por lo tanto el más satisfecho de todos tambien —se burlaba, como si se tratase del mayor de los absurdos posibles, de los que en momento oportuno pretendían contrarestar el federalismo republicano con el monárquico. La cosa parecía más que insolita. La sabiduría de ciertos políticos madrileños llegaba hasta haber leído á Pí Margall, pero no iba más allá. Para ellos federación y cantón de Cartagena, era todo uno. Ni siquiera se hacían cargo que, habiendo asistido á la formación del imperio germánico, habían visto el más triste de los triunfos de centralización, gracias al cual vino á la vida el más temible de los Estados europeos, y se creó la más grande amenaza de las libertades modernas. Porque lo cierto es que en Alemania el principio federativo y el unitario habían sido desde antiguo antagónicos, que el primero estaba representado por cuanto había de indígena y de liberal en el país y quería la libertad de las provincias y el imperio electivo, mientras la segunda tendencia hacía caso omiso de los pequeños estados nacionales y pedía el imperio hereditario. Hoy le gozan, nada falta á su triunfo; pero el principio vencedor engendrará nuevos monstruos, no lo dudemos, que, aniquilando la libertad en Europa, anulará más de un Estado que no se tiene seguramente por minúsculo.

* * *

Respecto de Inglaterra, que es el país en donde por sus costnmbres y especial organización interior menos pudiera esperarse, no que surgiera el espíritu regional, porque allí es vivo y es antiguo, sino que aspirase á ciertas reivindicaciones,—respecto de Inglaterra, repetimos, puede decirse lo mismo que de todos los grandes Estados europeos; también en ella las naciones que la forman desean alcanzar por completo las prerrogativas que le son propias. No se hable de Irlanda de la cual puede asegu-

rarse que bien pronto la veremos en situación igual á la de Hungría,—pero Escocia y el país de Galles (este último con menos población que Galicia, pues no pasa de millón y medio de habitantes) no tardarán en gozar de una tan perfecta autonomía que vengan á ser como verdaderos estados. Además, en aquel principado, sin que se tenga todo ello como un peligro para la pátria común, ni menos constituya agresión á la integridad del territorio británico, sus habitantes dicen con toda franqueza que no quieren ser más que kinrós, escriben en su bandera este lema: "una lengua, una patria, un pueblo," y celebran fiestas como *L' Eisteddof*, que no se desdeñó de presenciar el primer ministro Gladstone. A nadie en Lóndres se le ocurrió burlarse de aquellas asambleas poéticas, en que todo lo local predomina, como se hizo en Madrid con tos *Juegos florales* celebrados en Pontevedra en 1886, en Inglaterra no se entiende en manera alguna que la vida de las diversas nacionalidades que constituyen lo que el *Almanach de Gotha* denomiña *Grande Bretagne et Irlande* sea, contraria á la unidad del Estado; que el cultivo y estudio de los idiomas no oficiales atente á la pureza de la lengua inglesa, y, en fin, que el uso de las lenguas particulares implique retroceso intelectual y desamor á la pátria común. (8)

[8] En los momentos en que se escriben estas líneas, un verdadero inalfabeto, que para mayor vergüenza nuestra, es hijo de Galicia, rechazando el uso del idioma gallego llama á éste, "lenguaje espúreo y bastardo." El porqué lo sabrá el indivíduo en cuestión, ó no lo sabrá, que es lo más fácil, pero á ser sus jueces, le castigaríamos, porque semejante delito de lesa instrucción, á la lectura diaria de unas cuantas páginas de la *Grammaire des langues romanes* de Diez, obligándole á que las entendiese. De la *Céltica* de Zeuss, no lo haríamos, por más que le conviniese, porque está en latín, y es seguro que nuestro sábio no conocerá mejor la lengua del Lacio, que la de Castilla. Y sépase que no lo decimos á humo de pajas puesto que el marítimo-administrativo todavía no ha sabido darse cuenta que las lenguas *no mecen* la cuna de nadie. ¡Oh sabiduría del quinto reino! oh patriotismo el de todos aquellos á quienes con entera razón pueden hoy aplicárseles sin temor las palabras con que el P. Sarmiento se burlaba en su tiempo de los que siendo gallegos hacían ridículo estudio de olvidar lo poco que mamaron de su lengua gallega y de mirar ese *nobilísimo idioma* (sic) como inepto para todo y por no manchar con él su castellanidad entre Góngora y Mingo Rebulgo!... etc. Como se ve, el caso no es nuevo. Por un especial atavismo, contamos también al presente con algunos hijos de la capital del departamento, como allí se dice, para mayor eufonía, que se parecen como un huevo á otro, á aquellos de quienes se burlaba el ilustre benedictino. Bástales un viaje á San Fernando ó á Cartagena para escupir por el colmillo, *cecear* toda su vida, y no pudiendo otra cosa, comer á las palabras el mayor número de sílabas posibles Y cátate á Farruquiño hecho Andaluz! Cualquiera convence después á estos *cadiceños de levita*, que el gallego no es lenguaje espúreo y bastardo....antes un nobilísimo idioma.



Hay más aún: á pesar de que el conflicto irlandés invita al dominante á todo género de represiones, y muy en especial á ahogar todo gérmen de oposición ó que tienda á suscitarla ó mantenerla, la Historia, la arqueología y la literatura irlandesa tienen cátedra pública en la Universidad de Dublin. El Estudio y la publicación de las primitivas leyes de Irlanda se hace por cuenta del presupuesto del virey; la capital tiene una Biblioteca y un Museo de los primeros de Europa, y fué base de los grandes trabajos históricos y arqueológicos que prepararon é hicieron más lógicas las reinvindicaciones actuales.

Pues bien, todo esto pasa en un país en guerra con los que le gobiernan, en un territorio resuelto á recobrar su perdida personalidad nacional y política. Véase ahora lo que sucede en Galicia, en estas pacientísimas provincias que pagan sin remedio, dan sus soldados sin quejarse, ó quejándose, que para el caso, es igual: la mayor parte de la marineria militar de España, sale de su litoral y no hay plaga pública que no caiga sobre ellas, sin que por eso exhale un ay! (tan muertas las tienen) y sin que importe á los demás, caso que lleguen á hacer pública manifestación de los males que las aquejan. Lo diremos claramente. En cierta ocasión en que los campesinos de Lugo marcharon á la capital á protestar de un reparto de contribución territorial "que encerraba agravios de gran magnitud, que afectaban con especialidad á la masa de contribuyentes pobres" (9) fueron estos fusilados *indefensos*, en medio de las calles. Para cohonestar tan grave atropello, más grave todavía en un país de paz perpétua, hubo quien sobre no haber tenido caridad con ellos, les apostrofó en el Senado, diciendo que iban ¡á robar los caudales públicos! ¡infelices! la tierra que cubrió sus cadáveres debió pesar duramente sobre los que no tuvieron reparo en hacer fuego contra una multitud sin armas! Esta dureza en el reprimir, cuando aquí nada hay que la haga necesaria, contrasta seguramente con la avaricia en contribuir á la general ilustración de un pueblo, al cual se tiene por atrasado y á cuyos hijos se miran como los más torpes de cuantos cubre la bandera española. Nuestra Universidad no es menos, porque ya no se puede otra

(9) *Carta del Sr. D. Alejandro Castro Gomez* procesado por aquellos sucesos y absuelto por los Tribunales de Justicia.



cosa, pero los demás centros de ilustración oficial vegetan en el mayor abandono. El *Archivo General de Galicia*, para el cual, cuando fué necesario, dió el país tanto dinero, se halla en un estado tal, que es como si no existiese. Es riquísimo, es interesantísimo no sólo para la historia de esta región sino para los propietarios que guardan en él casi toda su documentación, y sin embargo se pudre en el sótano en que se le tiene como sepultado. Necesita ser trasladado á local conveniente, y no se le dá un céntimo con tal objeto. En cambio no se escatimó cosa alguna para el establecido recientemente en Alcalá de Henares. A la hora actual le tenemos sin un empleado, y fué preciso que se encargase de él un catedrático del Instituto. El portero es su verdadero jefe, mientras en Madrid se agolpan los indivíduos del cuerpo y sobran en las dependencias centrales. Nuestras Bibliotecas no son sino depósitos inútiles de libros más inútiles todavía. Si hay alguna que cuente con tal cual obra moderna, se debe al celo de las diputaciones provinciales. La Universitaria, con un fondo de más de 50,000 volúmenes, y un total de lectores superior á los que arrojan las bibliotecas públicas de Madrid, excepcion hecha de la Nacional, no tiene más que *dos empleados*, ni se le dan más que *mil quinientas* pesetas anuales, para material, compra y encuadernación de libros. En su hermosísimo salón, que, de tenerlo la Biblioteca Nacional, estaría á estas horas cubierto de frescos, se hiela el lector, sin que le sea dado permanecer en el local más de dos horas; todo por falta de un calorífero, como los que abundan en aquella. En lo tocante á libros modernos, hállase la Nacional generosamente dotada: de los antiguos, apenas el Estado adquiere una buena colección, cuando se le adjudica toda entera. Ayer fué la del marqués de la Romana, mañana será la de Osuna. La de Santiago muere de inanición, y tórnase cada día más inútil. (10). He aquí uno de los más bellos frutos de la centralización, he aquí en lo que vino á parar una biblioteca que, cuando vivía á su cuenta, gastaba verdaderas sumas en adquirir los mejores li-

(10) Se dió el caso que el Claustro del Colegio de Medicina, en vista de la penuria en que vive nuestra Biblioteca,—pues lo que se le da para material apenas llega para el carbón que gasta,—acordó formar una particular para su servicio.

bros y las más espléndidas ediciones y que hoy se ve atrasada, sin obra alguna que le hable de la ciencia moderna, sin ninguna revista, sin nada que nos ponga al corriente de la actual renovación científica y literaria en Europa. ¡De esta manera se ocupa el Estado español de una comarca que representa ella sola la octava parte de la población de España!

Para mayor consuelo, pasa lo mismo en la cuestión de Bellas Artes y su enseñanza, en la cual nos hallamos mucho peor todavía. Ni una Academia verdadera, ni un Museo que valga. No estorbó esto, sin embargo, para que los periódicos de la corte pusiesen el grito en el cielo, cuando por primera y unica vez en la vida, se envió á Santiago un centenar de los cuadros que sobran en las dependencias de Fomento, la mayor parte adquiridos con el dinero de los contribuyentes y por lo tanto con el de Galicia. Y en verdad que en vista de esto y de la muerte que nos rodea, no nos extrañará que los que nos tienen en este punto digan bien pronto de nosotros lo que de los irlandeses un inglés en un reciente libro: «los que viven entre estos brutos, tienen algo de su bestialidad.» Con tan nobles palabras pondrían digno remate á su obra de exterminio intelectual, si se nos permite la frase, de un pueblo numeroso y superior,—por ser por entero céltico,—señor Sánchez Moguel, por ser el más germanizado (aunque parezca á algunos un absurdo), y por no haberse contaminado con la sangre semita, que tanto domina en las comarcas que ama y ensalza nuestro adversario, porque son suyas.

* * *

Refiriéndose el Sr. Sanchez Moguel á no sabemos cuantas inconsistencias y falta de sindéresis de los regionalistas gallegos, nos pregunta, como si señalase la mayor de las contradicciones: «¿qué nacionalidad es esa que tratan de restablecer los regionalistas gallegos, si su hermoso y leal pais, fuera del fugáz reinado de D. García, no fué nunca Reino independiente al modo de Portugal, Cataluña, Aragón ó Navarra, sino como Andalucía, Extremadura, Asturias ó Castilla, parte integrante, provincia fidelísima, de la Monarquía leonesa-castellana?» Nuestro adversario pasa con demasiado valor en olvido la mo-

narquía sueva que duró cerca de dos siglos; desconoce la importancia que tuvo en la formación del actual pueblo gallego; ignora que durante la dominación goda fué considerado nuestro país como nación aparte, y en fin, de la Historia de Galicia en los siglos IX, X y XI no sabe más que lo que le dicen los compendios de la Historia de España. La índole de este trabajo no lo permite, y, por lo tanto, no nos extendemos á más que á decirle que hasta la unión definitiva de León y Castilla, fuimos tan Estado que ya se llamasen nuestros reyes, reyes de Asturias, ya de León, Galicia era la que regía y dominaba, porque era la mayor parte. Todo lo suyo vive, se mueve y desarrolla y perpetúa dentro de los límites de los tres conventos jurídicos de Galicia. Los documentos de aquellos siglos, cuan do hablan de la monarquía y del Estado formado por Pelayo en esta parte del Noroeste de la Península, siempre le llaman de Galicia. Por no citar autor que pueda parecer sospechoso al Sr. Sanchez Moguel, vea como Dozy (*Recherches*, t. II. p. 279) dice terminantemente: «se sabe que las Crónicas del Norte de la Península dan el nombre de España, á la España árabe.» No solo las Crónicas, los documentos todos. En la famosa *Crónica de Turpin*, se lee á cada paso, «pais de España y de Galicia» en otro lado «pais de los vascos y Navarra y España, hasta Galicia.» Esta empezaba en León. Todavía se habla gallego en algunos pueblos cercanos á aquella capital.

No se necesita saber mucha historia para saber semejantes cosas.

Mas lo que no pueden negar nuestros adversarios, es que el día en que San Fernando unió definitivamente el reino de León al de Castilla, Galicia era poderosa. Tenía arte, literatura, vida propia: los mismos reyes de Castilla no sabían entonces pasarse sin Galicia y sin sus hombres. Tanto, que el día en que la nobleza castellana empezó á dominar en los consejos, la gallega se dió por tan sentida, que en poco estuvo que este reino no fuese de nuevo un hecho. Sólo la ineptitud del príncipe D. Juan pudo hacer que abortasen sus ambiciones. Lo cierto es que desde el reinado de Sancho el Bravo, Galicia volvió á vivir tan sola, que únicamente se puede perdonar aquel olvido, porque así vivimos solos y todo lo nuestro perseveró entre nosotros. Si durante los tristes reinados y las lamentables minorías que afligieron á Castilla en el siglo

XIV, no se separó Galicia del resto de la monarquía, fué por que de hecho estaba separada. Fué también porque ya no quedaba entre nosotros más que una ó dos casas nobles que importasen, y pudiesen aspirar al trono.

Llegó por fin el día de la paz para todos, y, á su amparo, el pueblo gallego entró á formar parte de la monarquía española, bajo el cetro de los RR. CC. ¿Mas cómo se constituyó entonces Galicia? cómo se organizó su gobierno interior, sino reconociendo su autonomía y formando como un país aparte con leyes y organismos propios? Al alborear el siglo XVI, Galicia era como un Estado, no le faltaba mas que un rey y una corte propia. Teníamos nuestra Junta del Reyno que votaba y repartía los impuestos y los soldados. Teníamos Gobernador y Audiencia del mismo modo que armada propia. La Junta guardaba en sus manos la gobernación del país y este seguía, por causas largas de contar, como si fuese independiente de hecho. Poderosas las Juntas durante más de dos siglos (el XVI y el XVII) sólo perdieron su importancia, cuando, con el advenimiento de la casa de Borbón y la creación de los Intendentes, se vieron despojadas de sus principales funciones. Así y todo, duraron hasta 1820, en que, después de asegurado el movimiento de la Isla, se declararon disueltas.

¿Creeis, pues que los vascongados tenían fueros y libertades tales que los hacía como independientes, y os negais á reconocer que Galicia, viviendo bajo un régimen casi igual al de aquellos, gozaba de vida parecida? Vosotros mismos nos teníais como diversos. No nos queríais á vuestro lado. No os cuidabais de nosotros, y no se agitaba cuestión alguna de interés general que no viniese á herir nuestro honor nacional. La cosa no es de hoy. Se nos negó el voto en Córtes, y sentimos la ofensa que con ello se nos infería, lo reclamamos, y, para obtenerlo, fué necesario comprarlo. El voto no importaba nada ya, pero aún comprado y todo, tuvimos que pasar por el agravio que, cada vez que se celebraban Córtes, se protestaba contra nuestra admisión. ¿Os parece que semejente aptitud era para borrar antagonismos? Pues bien, nosotros no somos responsables de vuestras torpezas: aceptar los golpes sin protesta, sería merecerlos. Si con el tiempo, en vez de extinguirse, se doblaron las afrentas, si continuó haciédosenos blanco de to-

das las burlas y de todos los desdenes, si todo ello contribuyó fatalmente á formar en Galicia un espíritu hostil y por entero regional, ¿tenemos la culpa de ello?

La cuestión de puestos públicos será siempre cosa importante para los pueblos, pero en otros tiempos lo eran tanto, que la posesión de los cargos era mirado como honorífica para el indivíduo que los obtenía y para el país de que éste era natural. En un *Memorial*, el Reino hace constar que hacia más de treinta años que no se habia dado un obispado á un gallego, y más de veinte una plaza de oidor. Con justicia se dolía el país de esto, añadiendo: «y que mayor compasión que ver las prelacias que antiguamente se daban todas á los naturales del reino, las prebendas, dignidades, ricos beneficios, abadías, prioratos, y judicaturas, agora las ocupan los extraños y forasteros!» ¡Súplicas inútiles! El Rey no pedía que á imitación de Navarra, se publicase una ley para que la mitad de las plazas de oidores de la Audiencia de Galicia se diesen á los naturales, porque *así entenderían mejor la lengua de los litigantes*, pero no hay noticia que así se hubiese hecho.

Aún hay más. No sólo los cargos de nombramiento real escapaban á sus manos, sino que no obtenían ninguno de los que por votación repartían entre sus monjes las religiones de San Benito y San Bernardo. Gracias á las Congregaciones y sus bandos, nuestros principales monasterios cayeron en poder de los extraños al pais, que los trataron como verdaderos conquistadores. En aquellas casas, asilo en otro tiempo de la cultura gallega, pereció cuanto nos era propio. Tenían grandes bibliotecas, y per dieron lo principal de ellas; se hablaba gallego hasta el punto de que todos sus documentos públicos se escribían en esta lengua, y se vió proscrita de unos claustros que habían sido, hasta entonces, los más genuinos representantes del genio de nuestro pueblo.

Esto lo veían nuestros padres y lo lamentaban, se quejaron, y los extraños al país, que todo lo dominaban desde sus prebendas, contestaron con insultos. Tanto, que esta guerra de rencores llegó hasta nuestros dias. A principios del siglo, los frailes dominicos recordaban que hacía ¡426! años que no se habia tomado para provincial de Galicia á ningún hijo suyo ni de sus conventos. La contestación que obtuvieron fué digna de los

que la daban: *El lino de Galicia es bueno para escarpines, pero no para gorros.* Semejante ofensa, hecha imprudentemente á todo un pais, provocó como no podía menos las réplicas de sus hijos, llevando las discordias á las casas de paz y de reconciliación. Los que niegan al espíritu regional gallego razón de ser y antigüedad, pueden leer los papeles que con este y otros motivos parecidos se publicaron á su hora; verán como en todos ellos palpita el sentimiento nacional de Galicia; no ficticio, no hijo del momento y creado por el despecho, sino natural, espontáneo, en gran parte hijo de la dignidad herida, pero del todo debido á diferencia de sangre, de costumbres, de carácter de territorio qué nos hace hermanos de ciertos pueblos de la península, pero de hecho distintos de otros, que no mencionaremos, por no caer en el mismo pecado de los que á cada momento arrojan sobre Galicia y sus hijos sus torpes burlas y sus chistes más que groseros.

* * *

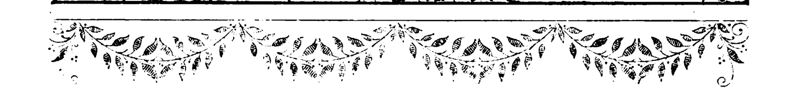
¿Qué eran, pues, todas aquellas cuestiones, á su hora importantísimas, sino luchas en que desborda violento, lo que se dió en llamar en nuestros tiempos estrecho espíritu local?

Sí, en verdad, lo eran, y en tal modo, que cada vez que uno de los intereses propios de la región se sentía herido, al ay! que lanzaba, respondía el país como un solo hombre, y el ódio á las gentes que dominaba se hacía visible, tomando casi siempre la forma de una espontánea manifestación nacional. Díganlo por nosotros, entre otras las luchas que por la cuestión de cargos sostuvieron entre sí cerca de dos siglos los monjes de ambas cogullas, sin que las sentencias de Roma los aquietase, ni fuesen bastantes á ponerles término los litigios que con tal motivo, y casi á cada momento se ventilaban en los tribunales, y que, aun siendo verdadera piedra de escándalo, ni extrañaban, ni se las quería menos, antes tomaban parte en ellas los fieles, sobre todo en Galicia, y las hacían mayores con sus apasionamientos, hijos del espíritu provincial, hondamente sentidos y expresados con toda claridad. No podía menos de ser así. Puede asegurarse que desde un principio no se trató ya de si este ó aquel monje sería preferido para general de la órden, para abad ó prior de tal ó cual

monasterio, sino cuál de los países contendientes había de triunfar en las elecciones. Planteada así la cuestión, las Congregaciones se vieron divididas en dos bandos. Uno de navarros y castellanos viejos y nuevos, otro de campesinos y gallegos. Con tal motivo los insultos á cada region se extremaron; no eran los pretendientes, pero si su pais el que sufría el peso de la derrota ó se satisfacía con la victoria. Este espectáculo poco edificante se renovaba cada tres años, y como, por de pronto, casi siempre aparecía vencida Galicia, era ésta la que más se dolía. Por que á sus hijos no se les apartaba de los cargos por no merecerlos, sino por gallegos: porque nuestros monasterios venían así á estar entregados á los extraños y que nos trataban como tales, extremándose en la renovación de foros, modo de poseer que desconocían, y que modificaron en provecho propio, sin que les doliesen las quejas, ni les importasen las ruinas que iban sembrando, ni siquiera viesen la injusticia cometida. Y he aquí como tras la cuestión de provisión de cargos, que llamarían hoy nuestros adversarios, *triste producto de la estrechéz de miras locales*, se encerraba otra más alta y más importante; la de la posesión de la tierra en un país en donde toda ella, ó casi toda, estaba en poder de aquellas dos poderosas órdenes.

Ambas congregaciones—amargo fruto del sistema centralizador—vinieron entonces á trastornar nuestra tierra bajo el punto de vista de su régimen interior, y á conmoverla por motivos de honra, poniendo en juego todas las pasiones é interesando todas las inteligencias de un país que tomaba como heridas propias las que se inferían á sus hijos. Llegó un momento en que ya no se pudieron soportar las osadías de los extraños, y en que las injusticias se hicieron tan intolerables, que seglares y eclesiásticos se creyeron obligados á intervenir. Un cura del Rivero de Avia, (por cierto que de la ilustre familia de la autora de los *Cantares Gallegos*) fué de los que más se señalaron. Planteando el problema en toda su desnudez, esclamó: ¡LOS MONASTERIOS DE GALICIA PARA LOS GALLEGOS! Puede parecer todo lo egoista que se quiera, pero este grito de guerra lanzado en 1699 á la faz de los que nos eran hostiles por instinto y por interés, no podrá menos de reconocerse que es por esencia regionalista. Por cierto que la aptitud del país en semejante ocasión fué tan resuelta, que bastó para detener á los intrusos

en el camino de la espoliación de la tierra y del acaparamiento de las dignidades. Y aun tuvo otra virtud: dispertando la herida suceptibilidad del país, lo llevó como por la mano, á la reivindicación de lo que le era propio; de manera que, cuarenta años más tarde, pedía ya nuestro P. Sarmiento que *se enseñase por arte el gallego en las escuelas*, que se predicase en gallego, y que las cátedras episcopales de Galicia fuesen ocupadas por hijos del país. Fundábase en que los que venían á desempeñar los principales cargos elesiásticos, ni entendían nuestra lengua, ni amaban nuestras cosas, ni respondían como era debido y se necesitaba, á las esperanzas en ellos puestas. Dígase ahora que el regionalismo gallego es reciente, nebuloso, informe!... ¡A menos que, en estas cuestiones, los hechos sean menos que las palabras! Y aquí ha de advertirse—pues hay muchos que juzgan el pasado por el presente—que la lengua gallega hablada en el país hasta hace setenta años, no es en verdad la que hoy conocemos y hablamos en las ciudades. Llegó pura hasta principios del siglo, y bien se deja comprender que, para que perseverase culta y perfecta, necesitaba, á falta de su cultivo literario, que fuese comun á todas las clases sociales. Lo fué. La hablaban todas, pero en especial las clases nobiliarias. Aun hoy son éstas las que mejor la hablan y la hablan con predilección.



III.

No se dirá que el capítulo de las quejas no es largo, ni moderno.

No se dirá tampoco que el regionalismo gallego dejó de criarse á bien agrios pechos. Y en cambio ¿qué hemos ganado?

No tenemos una sola ciudad populosa, porque todo elemento de riqueza se escatimó á nuestras poblaciones durante tres siglos (15); sobre nuestros campos pesaron siempre tanto y tan duramente los impuestos, que puede decirse que pronto los veremos desiertos. La emigración no es ya un mal pasajero, y sí una necesidad. Hasta hace poco, sólo se ausentaban los hombres: quedaban acá las mujeres trabajando sus heredades y siendo lazo indestructible que unía el emigrante á la patria. Las cantidades que enviaban á sus familias eran importantes y bastaban á conjurar las crisis económicas porque pasaba á cada momento el país. Hoy no sucede así. Lugares enteros venden sus tierras, si pueden; sino, cierran las casas, entregan las llaves al cura, y emprenden su camino. Sólo les falta quemar los huesos de sus padres, para que la despedida sea

[15] La Coruña hubiera sido la primera ciudad del cantábrico, si no se protegiese á Sevilla tan sin razón como se sabe, estableciendo dentro de sus muros la Casa de la Contratacion de Indias. Los informes todos favorecían á la Coruña, y los principales marinos del tiempo afirmaban que el arribo de las naves á nuestro puerto era más fácil, más seguro este último y en él menos costoso el tráfico que en Sevilla. A pesar de eso, fué preferida la ciudad andaluza.



como para siempre. En el año que acaba de espirar partieron para la América del Sud treinta mil individuos, y no serán menos los que salgan este año con igual destino. (16) En tanto, para diputados y ministros es un gran problema la cuestión militar, que nada importa, mientras se desangra y muere olvidado un país que representa él sólo la octava parte de la población de España. Tales son los resultados de la centralización y del predominio de la vida política sobre todas las demás, que es su fruto de perdición.

Para prevenir este mal y otros no menos graves, ya no queda otro remedio que devolver la vida de que carecen, á las provincias, haciendo al Estado verdaderamente poderoso porque lo son todas sus partes. Es esta tendencia general, clara y manifiesta, en especial en los paises con pasado autonómico, poblados por una raza dada, con idioma y costumbres propias. Y así, tanto en España como en Francia, hay muchos pueblos que desean verse en una situación ya que no igual, análoga á la de Hungría dentro del Estado austriaco.

En Inglaterra, tendrá bien pronto Irlanda parlamento propio y verá su lengua elevada á la categoría de las lenguas oficiales. Sin romper por eso los lazos que les unen á la familia slava, Bohemia y Polonia suspiran por su autonomía. Por su parte, Bélgica y Portugal no quieren perderla. Suiza vive contenta, y el sistema de los pequeños estados, ó sea de los estados puramente nacionales, empieza á prevalecer en el ánimo de los más insignes políticos, en oposición á esos grandes imperios que son la plaga de la humanidad, y que, al parecer y para nuestro castigo, continuarán siendo un hecho durante algún tiempo. El pan-latinismo, que muchos miran como la revancha del pan-germanismo y su imperio, tiende, al revés de este último y del pan-slavismo, á organizarse bajo la forma republicana, más nadie nos dice que un nuevo Bonaparte no venza en Francia y logre vengar Sedan con un imperio neo-latino que, teniendo la corte en París, declare única lengua oficial la francesa. Si tal sucediese, sería de oir entonces á los que hoy hablan los idiomas dominantes en sus respectivos estados y que tan celosos se

[16] Un solo barco, que zarpó hace poco tiempo de la Coruña, se llevó 1,300 emigrantes.



muestran de su supremacia! Al paso que lleva la centralización, á los ímpetus que gasta, y á la facilidad con que va ganando sus batallas, todo eso veremos tal vez mucho antes de lo que se piensa. Es más, de seguir así, no tememos ese momento, lo deseamos. Cuanto más extensos son los grandes Estados, menos pesan sobre la provincia.

***

La índole del trabajo del Sr. Sánchez Moguel le llevó como por la mano á presentar sus ataques al regionalismo gallego, ya que no bajo una forma nueva, al menos que lo parece. En su empeño de herirlo en el corazón, trató de negar la razón de ser de la nación gallega, afirmando que bajo el punto de vista etnográfico, Galicia no se diferencia en nada de las demás provincias de España. Si no lo dice así tan claro, eso es al menos lo que se desprende de sus palabras, dando á entender que lo de los orígenes celtas, sino es delirio de imaginaciones enfermas, le falta poco. Hace más todavía, nos echa en cara que hayamos dado al elemento suevo la importancia debida en la formación de la nacionalidad gallega, preguntándonos al paso si esta será nuestra teoría definitiva.

Sí, Sr. Sanchez Moguel, definitiva. Hemos afirmado que la base de la población gallega es céltica, añadimos después que la civilización es sueva, y no vemos el por qué de su asombro. Céltica es Francia, y sin embargo, su cultura se la dice franca, sin que por eso nadie entienda cometer disparate alguno. Las razones son obvias, y haríamos una verdadera ofensa á nuestro adversario si le explícasemos porqué. Lo mismo pasa referente á que «el *suevismo*, con ser el último descubrimiento regionalista, lejos de conquistar adeptos, tropieza en su camino con graves contradictores.» (pág. 35). Confesamos que en este punto no nos parece todo lo leal que le merecíamos. El Sr. Besada, en el párrafo que el Sr. Sánchez Moguel transcribe, se limita á asegurar que los suevos fueron estériles bajo el punto de vista literario, y como sabemos en que sentido lo hace, si no aceptamos su opinión, la disculpamos. Los suevos no fueron ni más ni menos literatos que los godos. Como todos los pueblos bárbaros que asentaron en las naciones neo-latinas, no dejaron una literatura, mejor dicho no llegó hasta nosotros, pero en

cambio prepararon la medieval y le dieron vida y aliento. Nuestro adversario, que es catedrático de literatura debe saberlo, y hasta recordar cómo León Gauthier (*Les Epopèes françaises* t. I. p. 15) señalando los elementos que más influyeron en la formación de dichas epopeyas dice: «La influencia de los germanos fué á la vez la *más profunda y la más viva.* Ellos comunicaron á los futuros autores de nuestras epopeyas su amor por la poesía popular, sus costumbres primitivas, sus ideas militares, su juventud y su genio.» Si la ínfima gente que al mando de Tarif destruyó el imperio gótico, á cuya ruina contribuyeron del todo los godos de Toledo, y en gran parte los andaluces, proclamando en Córdoba á don Rodrigo (17); si esa ínfima gente, repetimos, no hubiese pasado el Estrecho; si la conquista y hasta la apellidada civilización árabe (reducida hoy á sus verdaderas y por cierto bien modestas proporciones) no hubiesen traido á España y muy en especial al mediodía de la península en donde preponderaba ya de antiguo el elemento semita—una nueva corriente de esta sangre, es más que posible que la poesía sueva hubiera llegado hasta nosotros. Por de pronto, y aunque esto parezca ajeno al asunto, que no lo es, puede afirmarse que la poesía trovadoresca en Galicia no tanto es hija de la influencia provenzal, innegable y profunda, como del elemento suevo. Este y el céltico la informan tan pronto y tan por completo, que la poesía de los trovadores florece á un tiempo en Cataluña, Aragón y Navarra y salta, (dejando en soledad á las provincias centrales) á Portugal y Galicia. Que esto no fué un capricho de la suerte, y si hijo de causas harto racionales, es cosa que comprende todo aquel que sabe que el característico de la musa gallega es el sentimiento. Que en ello no puso escasa parte el elemento suevo aquí dominante, lo saben tambien cuantos conocen los poetas suevos, de quienes con tanta gracia como injusticia se burlaba H. Heine. El Sr. Sánchez Moguel no necesitará que nosotros se lo afirmemos para estar seguro, despues de lo dicho, de que los suevos tu-

(17) La *centralización entregó entonces de un golpe la vieja Iberia; las provincias, ó sean las individualidades nacionales, la rescataron.* Sería curioso y sobre curioso instructivo, ver á lo que hubiera quedado reducida la invasión, á existir el reino suevo. La reconquista hubiera sido obra más fácil y más rápida.



vieron en Galicia la natural influencia que todo pueblo vencedor ejerce sobre el vencido; menos todavía para comprender que aquellos invasores contribuyeron por su parte á acentuar el carácter del pueblo celto-gallego y á hacerle distinto de aquellos otros con los cuales se mezcló la sangre goda. Ellos crearon una literatura, una poesía, un genio, una lengua diversa de la castellana. No es este por cierto rasgo que debe olvidarse.

Cuando en lo que es, como quien dice, fundamental, y que seguramente no ignora el nuevo académico, hace hincapié, ¿que sucederá cuando trate de los celtas? Para despojar á Galicia de su personalidad, la niega el orígen céltico. Llega hasta sonreirse piadosamente al hablar de aquellos—y nosotros somos de los señalados—que dotados de «altísima facultad adivinatoria que les permite sin haber visto jamás celtas, romanos, fenicios auténticos, adivinar enseguida entre sus paisanos, sólo con mirarles á la cara, cuales vienen de celtas, cuales de romanos, árabes, griegos ó fenicios y hasta de los piratas normandos.» Nos reconocemos reos de ese delito, pero sin que abominemos de él, antes persistiendo en nuestro pecado, añadirémos que el Sr. Sánchez Moguel no ha podido menos en esta ocasión de permanecer fiel á su orígen bético. Nos disparó su flecha, seguro de su ineficacia, es cierto, pero seguro también de hacer reir á los que le oían. No pudo en tan solemne ocasión sustraerse al deseo de arrancar una sonrisa á sus compañeros de Academia y demás señores no gallegos. Estamos seguros que ne le fué difícil alcanzarla. La solicitada sonrisa, muestra de una plena aprobación á sus palabras, asomó, al oir el párrafo vencedor, al rostro de los inmortales; pero la verdad es, que no había motivo para tanto. Parézcale ó no difícil, no es por eso menos cierto que se distinguen bien los tipos de población cuando estos son acusados. En Francia nadie se rió de Roget de Belloguet, que ocupó todo un volúmen hablando de los galos, ni de Hucher. que estudió la numismática gala, bajo tan importante punto de vista; ni siquiera de Humbolt, cuando, refiriéndose á América, afirma, sin temor á la sonrisa de los que lo creen absurdo, «que se reconoce todavía en Caracas, Santa Fé, Quito y Buenos Aires, los rasgos de las *diversas provincias* de España, de donde habían venido sus primitivos habitantes.» Por nuestra parte podemos afir-

mar al Sr. Sánchez Moguel, que al creer en la persistencia de los tipos de población, no estamos tan solos, que no tengamos nombres ilustres trás de los cuales escudarnos. Veinte años ó más pasaron desde que publicamos los dos primeros tomos de la *Historia de Galicia*, y á pesar de que semejante espacio de tiempo no pasa en vano, y menos en nuestros dias, en que la renovación de los conocimientos históricos es tan grande y tan importante, podemos asegurarle, que si hemos desechado más de un error, nos afirmamos cada día más en que Galicia es un pueblo completamente céltico, una pequeña Galia, como la llamaban los historiadores medievales (18). Todo nos lo dice así; las antiguas creencias religiosas, las costumbres, la poesía, el arte, en una palabra, el genio y la lengua de nuestro pueblo. Dúdalo el Sr. Sánchez Moguel,—al menos tal se desprende de los singulares párrafos que al asunto dedica,—y creyendo todo un sumo error, lo castiga con sus ironías. Hace mal, porque no habrá una sola persona, que conozca la historia antigua de la península, que no le parezca inútil insistir sobre este pnnto. Dirá tambien que no hay lugar á reirse, aunque bondadosa y paternalmente, como lo hace el nuevo académico, de los que creemos:

1º En la persistencia y extenso dominio del tipo celta en nuestro pais (19).

2º De los que afirman que las demás gentes que asentaron en Galicia, excepción hecha de los suevos, no tuvieron gran importancia etnográfica.

3º De los que hallamos perfecta semejanza entre

(18) En prueba de ello puede ver nuestro libro GALICIA, en la *España, sus monumentos y artes.* En esta nueva obra, extendiendo á más los anteriores estudios, nos afirmamos en las creencias de entonces.

(19) No sólo se burla de los que tanto afirman, sino que en el párrafo que vamos á transcribír, subraya la palabra *primitiva*, como si quisiera de este modo agravar la culpa en que á su juicio hemos incurrido. Asegura con toda tranquilidad de conciencia que los historiadores antiguos de Galicia ignoraron por completo, (esto ya lo veremos más adelante) «la existencía de una nacionalidad celto gallega, la cual por milagro mayor ó comparable con los mayores del Apostol de Compostela, de entonces acá, á través de los siglos, independiente ó vencida, se ha conservado intacta, purísima—me valdré de la misma frase que ellos emplean—*primitiva.*» Pese á la doble ironía que encierra la palabra subrayada, insistimos en lo dicho, preguntándonos, ¿cómo habrá leido el nuevo académico la *Hist. de Portugal* de Oliveira Martins, que nos presenta como modelo, cuando no tropezó en el tomo I, pág. 4, con lo siguiente?: «Todos reconocen hoy la indestructible tenacidad de las poblaciones primitivas» y más adelante: «La permanencia de los caracteres primitivos de los pueblos *hecho hoy indiscutiblè,* permite hacer—permítasenos la expresión — la historia al revés.» etc.

los gallegos de hoy, y de siempre, y los celtas de la Europa antigua y moderna.

Que los celtas ocuparon por completo Galicia y gran parte del moderno Portugal, lo dicen los antiguos geógrafos, lo dicen tambien los modernos historiadores; Roget de Belloguet, tan gran conocedor del asunto escribe en su *Ethnogenie* (segunda parte pag. 248): ¿En cuanto á Galicia, puede asegurarse que estaba *enteramente* poblada por pueblos de esta raza», esto es, la gala. Larga y sobre larga inútil tarea sería recordar ahora los múltiples textos que conocemos relativos al asunto, bastará para ganar la voluntad de nuestro adversario, citar uno solo, pero vencedor por ser de «un celtista tan entendido como Mr. Arbois de Jubainville», que segùn nos advierte el Sr. Sánchez Moguel, fué uno de sus queridos maestros en el colegio de Francia. En la nueva edición de su libro *Les premiers habitants de l' Europe*, página 65, dice textualmente: «La dominación gala en España tuvo mucha mayor importancia que la de los liguros. Los galos, en tiempo de Herodoto, es decir, á mediados del siglo V, antes de nuestra era, *se habían establecido en la región noroeste de España.*» Lo que no da muestras de saber Mr. Arbois de Jubainville — pues tanto en este primer tomo de su obra, único publicado, como en su *Cours de litterat. celtique*, prueba más que abundantemente que desconoce Galicia — es que la población fué tan densa, (y no queremos añadir, y tan anterior á lo que supone) que apenas hay nombre de lugar alguno que no se explique por las lenguas célticas. (20)

Que el tipo celta, y con él su carácter y sentimientos propios, perseveró de tal modo que forma la principal base de nuestra población actual, es tan verdad, que entre otras cosas no menos importantes para el caso, puede asegurarse que la mitología popular gallega responde á aquel orígen y presenta marcadísimas semejanzas con la

(20) Lo mismo pasa en gran parte de Portugal. Ad. Coelho, tan autoridad en el asunto, asegura que «los nombres propios de lugares, los de personas y divinidades que se hallan en las lápidas latinas de los territorios de la Lusitania y de la Tarraconense, que constituyen nuestro Portugal, prueban la existencia en nuestros días de un *elemento céltico* PREPONDERANTE.» Por su parte Oliveira Martins, para citar nombres gratos á nuestro adversario, confiesa que dió «la importancia necesaria el elemento céltico en el genio del pueblo portugués.»

de los pueblos de igual orígen en Europa. (21) Otro tanto pasa con las costumbres y hasta con la vida interna y modo de ser de nuestras poblaciones rurales y la de los países hermanos, de tal modo, que si un poeta gallego tradujese el poema de Brizeux, *Les Bretons*,, cambiando los nombres de las personas y de los lugares por los que nos son conocidos, diese á entender que se refería todo ello á escenas y á cosas de Galicia, podemos asegurar que nadie, entre nosotros, dudaría de que era aquella la descripción fiel y exacta de las creencias, de las costumbres y de los sentimientos populares de las gentes que pueblan la región gallega. Y aun hay más; si el Sr. Sánchez Moguel duda de nosotros, puede consultar en la misma Academia á su sapientísimo compañero el P. Fita. El le dirá si es ó no es céltica la población de Galicia. En su discurso de recepción bien claramente afirma que los antiguos lenguajes, el gallego y el lusitano, «eran entre sí como el británico y el gaelico.»

Respecto de la persistencia de las razas y muy en especial á la posibilidad de reconocer en los actuales habitantes los rasgos característicos de aquellas gentes de quienes descienden, nos limitamos á recordar que la mayoría de los antropólogos reconocen la ley de la permanencia de los tipos. (22) La historia por su parte, nos dice que, como sucedió en América cuando su descubrimiento, las razas inferiores desertan del suelo ó perecen en presencia de las superiores. Y en cuanto al caso especial que se debate, fácil es hacer notar, que el cráneo de *auvergnat*, que como ejemplo de tipo celta publica Brocca, en su estudio sobre la raza céltica, es el dominante en las provincias gallegas. Después de todo, nosotros no somos los únicos que, sabiendo que se conservan

(21) En estos mismos momentos, en que vuelven algunos á hablar del tributo de las Cien doncellas, podía recordarse que esta tradición es hija del elemento céltico, se refiere á sus creencias religiosas, y se halla rastro de ella, no sólo en algunas antiguas canciones irlandesas, sino tambien en un poema del ciclo bretón.

(22) «Si los caracteres físicos — el autor habla de las razas en general — cuya existencia se pierde en la noche de los tiempos se trasmiten sin modificación apreciable, ¿puede suceder lo mismo con los caracteres recientes y accidentales?» Topinard — *L' anthropologie*, pág. 292 — de quien es la anterior pregunta, responde que no. Puede el Sr. Sanchez Moguel leer todo el importante capítulo titulado de la *Herencia* ó, mejor dicho, de la hereditariedad. Con eso, con tener á la vista *L' Art national* de Du Cleusiou, los dibujos de Hucher, y los que publica Roget de Belloguet, se convencerá que sin haber visto los antiguos celtas, puede uno conocerlos, sin ser milagro ni pequeño ni grande.

en las razas tanto los rasgos morales como los físicos, creemos reconocer los primitivos en los que son propios de los descendientes de una de ellas. Refiriéndose á Irlanda y al origen galo de los irlandeses, afirma H. Martín, que estos últimos «son hermanos de origen de los franceses, y es cosa bien notable, añade, que se *conserve así la común fisonomía de los pueblos de origen céltico* después de tantos siglos.»

«Por un singular fenómeno de atavismo, en este siglo XIX que está tocando en sus límites, nosotros somos más celtas que nunca.» Con tan notables palabras, pone fin L. Bonnemére á su curioso trabajo. *Les jeux publiques et le théatre chez les gaulois.* ¿Por qué pues se nos acusa de seguir el común camino? ¿Por qué se nos echa en cara, el hecho laudable, bajo todos conceptos, de permanecer fieles á la sangre, tener conciencia de nuestra nacionalidad céltica? En vano, para demostrar la ligereza con que, según nuestro adversario, procedemos, se acude á recordar á Herculano y se habla de su discípulo Oliveira Martins (este último reconoce nuestro origen céltico y cree en la nacionalidad gallega): la opinión general entre los escritores lusitanos, es, que fuera de los Algarbes, las demás provincias portuguesas constituyen una entidad nacional que sólo estará completa cuando se les una Galicia formando «una *nación étnicamente homogênea* desde Finisterre á Mondego,» como afirma el mismo Oliveira Martins, tan del Sr. Sánchez Moguel. Y aún va más allá este autor, en obra no citada por nuestro adversario, (*Portugal contemporâneo*, t. II, p. 186) pues viene sin querer, ni necesitarlo á corroborar dicha opinión, cuando refiriéndose á la revolución portuguesa, denominada de María da Fonte, asienta, y así es la verdad, que en el Miño tiene la mujer las condiciones propias de las regiones en que *domina la familia céltica.* «No es, añade, una esposa, casi una sierva que entra en poder del marido según la moda semita del Sur del reino, es una compañera y asociada . . .» Pues bien, cuando tan marcada, profunda y esencial diferencia se nota entre ambas provincias y en cosa tan fundamental como la familia ¿qué no sucederá en otras menos perceptibles? ¿Y será todavía necesario advertir que esas diferencias, más ó menos acusadas, indican conflicto entre dos pueblos de sangre y orígen distintos, superior y ariano el uno, semita é infe-

rior el otro? Cierto que la formación del Estado portugués y más de quinientos años de vida común, los hizo como si fueran hermanos: dandoles una ley, una lengua y una patria, tornolos hermanos. Pero aun así y todo, permanecen diversos y separados por el genio de cada pueblo. Pese á las mil relaciones diarias y estrechas que tiendan á borrar toda diferencia entre las entidades nacionales que se cobijan bajo un mismo pabellón, bien se deja ver aquí, que no basta la acción directa, dilatada, continua del Estado, para que dejen de perpetuarse y ser visibles esas diferencias hasta en aquellos lugares en que menos fuerza hay para que subsistan. Compárese la población de los Algarbes con la de Entre Duero y Miño y ésta con la de Galicia. Es tan grande la diversidad de las dos primeras como la identidad de las dos últimas. Mas de una vez hemos pasado entre Tuy y Valença, ya las aguas del río bien amado, ya el puente internacional desde cuyos andenes se descubren los más hermosos paisajes que pueden ver ojos humanos y que perteneciendo por mitad á dos estados son sin embargo patrimonio de un mismo pueblo. Confieso que tanto en las provincias fronterizas, como en la misma Beira, considerada como el corazón de Portugal, siempre creí hallarme en mi país y entre los mios. Todo era para mi igual, la tierra, las producciones, el hombre. La misma lengua, las mismas costumbres, la misma bondad de carácter que sólo se pierde cuando, abandonando Portugal, entramos en España por Cáceres ó Badajoz. Oliveira Martins, en su *Hist. de Portugal*, capítulo «Os lusitanos,» nos da la razón de ello. Señalando las diferencias esenciales entre el español y el portugués, hace patentes las que existen entre el gallego y el hombre del mediodía. Y más aun, cuando refiriéndose á las noticias que los geógrafos antiguos dan respecto de la población céltica de Portugal, añade que vale más que todas ellas, «la analogía evidente entre las manifestaciones particulares de los lusitanos y de estos y de los gallegos y aquella fisonomia que los estudios erutidos sobre los celtas de Francia y de Irlanda tiene determinado á estos últimos.» No dirá el Sr. Sánchez Moguel que citamos autores para él desconocidos y poco aceptos; tampoco dirá, en su vista, que la manía céltica es nuestra tan sólo.

Ni nuestra, ni moderna. Esos mismos hombres del

siglo XVIII, que nos presenta como modelos, pensaron en su tiempo respecto de estas cosas como nosotros hoy. Si han sido menos afirmativos, es que no se lo permitía el estado de las ciencias históricas, y la escasez de fuentes de información de que disponían. El P. Sarmiento, á pesar de que todo lo explicaba por el latín, el P. Sobreira, Labrada, y muy en especial Valle Inclán, cuyo gran saber en lo que á lenguas se refería, solo es comparable al silencio que rodea su nombre, hablaron de los celtas, concedieron á su población en Galicia la importancia que tuvo, y concluyeron por confesar que el pueblo gallego era celta por excelencia. Esto por lo que se refiere á escritores hijos de Galicia, porque entre los extraños, sin citar á Risco y Masdeu, cuyo error fundamental de su sistema es bien conocido, recordaremos á Hervás y nos parece que basta. Aunque acepta la teoría de aquellos dos sabios, puede sin embargo citarse, como de gran valor para el caso, su opinión referente al acento peculiar al portugués y dicho se está por lo tanto que al gallego, pues son una misma cosa. Después de asegurar que sólo encuentra vestigio claro de la lengua céltica en España, en la pronunciación portuguesa, prosigue: «Los celtas estuvieron en muchos países de Portugal y la pronunciación portuguesa hasta ahora nos dice que en ellos se habló el céltico que totalmente pereció en España», etc. Verdad es que otros quieren que dicho acento sea suevo, — Helfferich es de éstos,—pero tenga el orígen que quiera, lo indiscutible es, que gallegos y portugueses conocemos como los franceses las nasales de que carece por entero el castellano, y que esta lengua y la galecio--portuguesa son distintas, por los vocablos, por el artículo, que Díez cree anti-romano, y por otras importantes diferencias gramaticales.

Lengua distinta, se ha dicho siempre, distinta nacionalidad. Sintiéndolo así Galicia, se tuvo constantemente por nación de hecho; lo mismo cuando tenía reyes y condes propios que con el nombre de reino de Leon; gozando de su completa autonomía, lo mismo que incorporada á la corona de Castilla. Y tanto es así, que antes y aún después que la monarquía leonesa (gallega debiera decirse, para hablar con propiedad) se confundiese en la castellana, todos los deseos de estos pueblos del noroeste tendían á crear y conservar por acá un estado homogéneo,

igual al que, con el nombre de Aragón, existía en el nordeste de la península. La ambición de las casas reinantes de León y Castilla lo impidieron; y los mismos hechos que venían preparando la unión de ambas coronas, la apresuraron por nuestra desgracia. No fué, sin embargo, tan por completo como se cree. La monarquía era una, pero los pueblos permanecían tan separados como cuando vivían bajo el poder de sus respectivos príncipes. En prueba de ello, véase como á su hora se manifestaba el sentimiento nacional, ya por medio de las clases nobiliarias, que se quejaban del olvido en que se las tenía, ya por las abortadas tentativas de reconstrucción de la monarquía leonesa, bajo la denominación de reino de Galicia. Había para ello los elementos necesarios; solo faltó una voluntad decidida en los que aspiraban al solio.

Es un hecho, pues, que por el origen, por el territorio y el lenguaje, de igual manera que por su historia y la comunidad de sentimientos y deseos, estos pueblos del noroeste forman una nación con caracteres propios, distinta de gran parte de las que constituyen el Estado español. Es un hecho también que vive hoy no á disgusto, pero tampoco de tan buena voluntad como se supone, bajo el imperio de gentes y de cosas que le son contrarias. Viendo como ahora todo se le presenta como adverso, trata con empeño de conservar cuanto le es privativo, y levantando el espíritu público, recobrar, por lo menos, su autonomia administrativa. No quiere que el poder central, que la desconoce, la gobierne del todo y como á colonia, antes como á pueblo importante sobre el cual pesan tan especialmente las cargas necesarias para el sostén del Estado. No se aviene á que cada ley que se promulga con el fin de proteger los intereses generales, venga á herir los suyos. (23) Le parece mal que sus principales poblaciones

(23) Parecerá exageración, sin embargo, es una verdad innegable. Recordaremos, entre otros hechos de menor trascendencia, aquel que á su hora pasó casi desapercibido, pero que no dejó por eso de lastimar los intereses de las clases populares y muy en especial de la gente de campo que constituye ella sola las tres cuartas partes de nuestra población. Nos referimos á la emisión de la moneda de cobre de á cuartillo y medio cuartillo. Nadie creerá que los infelices labradores, únicos que producen en Galicia, vinieron á experimentar en los cambios una pérdida de un 7 por 100, pérdida tanto mas importante, cuanto en las aldeas no se conocia para las necesarias



vivan vida anormal, gracias al absenteismo que las maltrata, absenteismo de las inteligencias y de la riqueza, mejor dicho, de las clases ricas. No quiere que los ajenos vengan á gobernarnos. Desea que su lengua sea tan oficial como la del Estado: Que los que hayan de administrar justicia y de dirigir la conciencia del hombre en nuestro pais, sean escogidos de entre sus hijos. Que en las reformas necesarias á su bienestar, se le oiga por entero y teniendo en cuenta los ecos todos de la opinión general. Que nuestros hombres públicos no nos los manden de la corte, hechos y consagrados, como quien remite una mercancia á la que el Esadto todopoderoso puso su sello inmaculado; en una palabra, quiere la descentralización más completa, bajo todos los aspectos y en todos los órdenes, en el moral, en el intelectual, en el politico, y en el de los intereses materiales.

¿Hay en esto falta alguna de patriotismo?

M. Murguía.

---

transaciones otra moneda que la de cobre, viniendo así á sufrir el país una verdadera é innecesaria depreciación en el valor de su numerario.

En estos mismos días en los momentos en que la próxima promulgación del *Código español* viene desatentadamente á arrojar nuevos elementos de confusión en el seno de las provincias, diríase ciertamente, vista la indiferiencia con que tomamos la cosa, que nada en absoluto nos lastiman las disposiciones consignadas en el nuevo cuerpo de leyes, que regirá bien pronto. Sábese, ó mejor dicho, no lo saben más que en Cataluña, la agitación que allí reina con motivo del famoso *Código* los *meetings* que celebran, los ardientes discursos que en ellos se pronuncian, el aplauso con que se oyen, las declaraciones que contienen, y el deseo manifiesto en todos de salvar de su ruina el régimen foral del país, anonadado bajo el peso de las disposiciones consignadas en el Código hijo del espíritu centralizador que le informa. La mayoría de los periódicos de la corte, cumpliendo á conciencia su misión, y en ocasiones hasta satisfaciendo sus rencores de empresa, no nos dicen ni una palabra de todo ello, mientras nos fatigan y cansan con los detalles del llamado crímen de Fuencarral, que fuera mejor denominar el crímen de la publicidad. De cosa tan importante como es la oposición de Cataluña á recibir el nuevo Código, nada cuentan. Para conocer ese movimiento de la opinión provincial, tenemos que acudir á los diarios catalanes. Sobre él se guarda un intencionado silencio. Lo mismo nos pasaría si se nos ocurriera protestar, que motivos y no pequeños tenemos para ello, aunque cualquiera diría que no, vista la beatífica quietud con que aquí le recibimos; quietud hija del desconocimiento en que estamos de todo lo nuestro, de la más que deficiente enseñanza universitaria, de la regla que gobierna ciertos espíritus tan limitados como presun-

tuosos, hija en fin, de los cuatro siglos de opresión y olvido en que se nos ha tenido.

Nadie creerá, porque tales cosas no se conciben fácilmente, que el nuevo Código que tan grave perturbación viene á introducir en este *país de costumbres*, se promulgue y acepte sin que un solo hombre proteste. Pero la verdad es que á lo adelante sera imposible la contratación, porque, tal como se ha arreglado la cosa, para proveer al derecho de retracto de los colindantes, la enagenación de la fincas rústicas será no sólo un imposible, sino un semillero de pleitos y una ruina cierta para el que trate de vender. En tal modo, que el poseedor de la tierra volverá á ser su adscripto, no su dueño; nadie la querrá adquirir á no ser de valde, nadie podrá deshacerse del predio, sino abandonándolo como inútil.

Pequeño es también, pero no deja de ser inconveniente aunque en otro órden, la prohibición de plantar árboles á menos de tres metros de los lindes de las fincas respectivas. Esta disposición, sobre impedir la formación de setos vivos, pues en Galicia muchos de los arbustos toman las proporciones de verdaderos árboles, tiende á ser otra fuente no menos abundante de cuestiones judiciales que la anterior. Esto sin contar con los disgustos y atropellos á que ha de dar lugar, porque al labrador pobre se le obligará bien pronto á cumplir con la ley, más él no podrá hacer que pase lo mismo cuando se trate de un vecino rico ó influyente. Todo esto porque se legisló sin conocer nuestra pequeña propiedad, sin conocer nuestras costumbres jurídicas, ignorando que es tal su variedad, que hay territorios en Galicia en donde *la propiedad es común repartiéndose anualmente y por suerte entre los vecinos los lotes formados.* No de otra manera que los antiguos vascos.

ADVERTENCIA.

Adición á la (3) pág. 17.

Consta que en todo ello, no procedieron las Juntas de Galicia por ageno consejo, ni por pura genialidad, sino muy maduramente. Se conservan los *Informes* que á propósito de esto se escribieron, todos ellos harto instructivos. Nuestro distinguido amigo, Sr. D. Ventura García Rivera, que tan perfectamente conoce este período de la Historia de Galicia, publicará pronto un interesante estudio acerca de asunto tan desconocido como importantísimo bajo el punto de vista regional. Por hoy basta saber que en la federación proyectada entraban, como va dicho, las provincias gallegas, Astúrias, la provincia de León y las del Norte de Portugal, en una palabra, instintivamente y por la fuerza de los hechos, volvía á constituirse el antiguo reino suevo, con sus límites propios.

Rasgo tan importante prueba cómo la idea de la nacionalidad gallega estaba en la sangre, en las costumbres y en el instinto del país. También prueba que no se perdió después, el hecho elocuentísimo de que, á excepción de la de 1868, todas las revoluciones de Galicia atendieron para su gobierno interior á la formación no sólo de Juntas locales, (como es costumbre en tales casos en el resto de España) sino á la de una Junta central y superior, elegida por aquellas y de entre sus miembros, y en la cual se entendía poner la verdadera soberanía de la nación gallega. En 1843, se reunió en Lugo, en 1846, lo mismo, y en 1854, en Betanzos.

Pág. 30 — línea. 36 — palabra «independiente.»

(12) Aqui vuelve el Sr. Sànchez Moguel á confundir el Estado con la Nación. Según Mancini, y es definición que aceptamos, «nación es una comunidad natural de hombres que, unidos en una vida común por el territorio, el orígen, las costumbres y la lengua tienen conciencia de esta comunidad.» Es muy posible, sin embargo, que tratándose de provincias que, como sucede á Galicia, tienen una raza, una lengua, un territorio, una historia y conciencia de sí misma, se las niegue el derecho á considerarse nación particular, minúscula...... ó lo que se quiera. Mas lo que no deja de ser curioso, es que en estos mismos momentos al frente de las poesías de Edgard Poe, escriba Peladan: «En cuanto á la América, ni es un pueblo, porque no tiene historia, ni la tendrá jamás; ni una civilización, porque carece de arte; ni es siquiera una nación, porque no hay lengua americana.» Aunque en este juicio hay un error fundamental, lo recordamos porque encierra más de una verdad y porque se refiere á un Estado tan mayúsculo, como lo es el de los Estados Unidos.

Pág. 32 — línea 38 — palabra «admisión.»

(13) Diéronse 100,000 ducados por el voto; pero los que vieron con toda tranquilidad que el voto de que gozaba Alcalá de Henares, se diese á Guadalajara; el que tenía Baeza á Jaen; el de Jerez á Sevilla y el de Almazán á Soria, protestaron de la admisión de Galicia. Zamora, que era interesada, y doce ciudades más que la seguían, se opusieron. Fueron éstas, amen de la ya citada Zamora, León, Granada, Jaen, Múrcia, Vàlladolid, Guadalajara, Segovia, Avila, Salamanca, Toro y Cuenca.

Pág. 33 — línea 16 — palabra «forasteros».

(14) También hace notar que, «no había noticia de que, en muchos años, se hubiesen nombrado más de cuatro capitanes, y ni un sólo Maestre de Campo, á pesar de los muchos valientes soldados que en Flandes, Alemania, Italia, en fronteras y presidios estaban, de largo tiempo hacia, sirviendo con tanto valor como poca fortuna.»

EPÍLOGO.

CARTA ABIERTA.

Sr. D. Manuel Murguía

RESPETABLE Y VENERADO MAESTRO:

Cuándo la nave zozobra y es inminente el naufragio; cuando los hombres sensatos condenan, por inútiles, los recursos empleados y vuelven con amor los ojos hácia la idea regionalista, como al único puerto de salvación en el deshecho temporal, con que navega España, todavía hay quien ataca la doctrina regionalista, considerándola absurda y á mayor abundamiento peligrosa á la unidad nacional.

Era necesario, era lógico que las idéas y los principios de una centralización monstruosa que, como el casco del caballo de Atila, seca cuanto toca, tuvieran un defensor, un personero. Y ese quiso serlo el Sr. Sánchez Moguel, en su discurso de recepción de Académico de la Historia, por V. tan valiente, tan enérgica, tan concienzudamente refutado en escritos, en que arde la llama del patriotismo y en que se pone de relieve la conciencia de la dignidad regional.

El sitio, el momento, la ocasión, elegidos por el señor Sánchez Moguel, no han podido ser más oportunos. Allí, á donde van á parar las fuerzas vivas de las provincias, donde está el mecanismo, á virtud del que se las desangra y enerva, se las reduce á la esterilidad y á la impotencia, cuadra entonar el himno de la victoria. Hay palaciegos para todo, y es muy cómodo el serlo de lo que representa la fuerza, el poder y la riqueza.

El nuevo académico de la Historia parece que se ha propuesto borrar á un tiempo la geografía y la historia, en lo que se refiere á nuestro país. Sin esto, ¿cómo desconocer que los elementos topográficos, los elementos étnicos y tradicionales de las diferentes comarcas peninsulares engendran en sus pobladores distintas aptitudes, distintas aspiraciones y hábitos, usos y costumbres que en nada se parecen entre sí? Someterlos todos á un mismo molde; uniformarlos de un modo absoluto; hacer que la vida en ellos se desenvuelva solamente á impulsos de una fuerza que reside lejos, que los desconoce, vale tanto y tanto significa como aniquilarlos por completo.

Así se les ve hoy. Bastardeado el carácter, perdida la fé política, no se interesan en nada de aquello que más de cerca les toca. Víctimas de una indiferencia asiática, ó llevan en paciencia cuanto de ellos se exige ó huyen por las puertas de la emigración, contribuyendo de ese modo á la ruina general.

El Sr. Sánchez Moguel, á quien todo esto parece le importa poco, entre tanto deslumbre la capital de la Monarquía por una riqueza más aparente que real, se ha contentado con considerar á los regionalistas: á los unos como inocentes y candorosos, como peligrosos y antipatrióticos á los otros.

Tampoco ha echado de ver nuestro adversario que los regionalistas tienen hombres en Cataluña, en las provincias vasco-navarras y en Galicia entusiastas hasta el delirio de sus doctrinas y en quienes lo férvido del entusiasmo no empaña en nada la limpidez del juicio, la claridad del razonamiento ni el brillo de una lógica, ante el que los enemigos ó han de cerrar los ojos ó rendirse á la verdad y confesar sus errores.

Sería imperdonable atrevimiento en nosotros intentar siquiera el contestar á los argumentos anti-regionalistas del Sr. Sánchez Moguel. No, no haremos eso. Los escritos del primero y más ilustre, del patriarca de los regionalistas gallegos han debido convencer á los que los hayan leido con atención y desapasionadamente, que nuestro impugnador ni había tomado muy en serio el tema de su discurso, ni sus razones son consistentes, ni sus asertos tienen esa fuerza y ese vigor que arrastran la voluntad á la persuasión, al convencimiento el ánimo.

Séanos ahora permitido, estimado Maestro, á nosotros, los desterrados, testigos de mayor excepción en el litigio que se ventila, á nosotros, á quienes aleja de la tierra amada la inmensidad del Occéano, tender por encima de las olas nuestras manos, estrechar las de V. con verdadera efusión y decirle: «*como V. siente, así sentimos nosotros; como V. piensa, así pensamos: su voz no es la voz de un hombre, es la voz de una región que se encarna, que toma cuerpo en un individuo, porque así es preciso que suceda, pero que refleja las ideas, los sentimientos, las aspiraciones de cuantos hemos nacido en ese suelo bendito.*»

Los condenados á un ostracismo forzoso, los arrojados de sus hogares por el cúmulo de errores políticos, económicos, jurídicos y administrativos que profesa el partido de la centralización, por humildes que se les considere, tienen derecho á preguntar: ¿por qué se nos ha hecho imposible la vida allí, donde la habíamos recibido? ¿Es nuestra tierra tan estéril que no puede alimentar á sus hijos? ¿Somos nosotros tan inútiles que ya no podemos hacerla productiva y fecunda?

Estas preguntas pueden ser contestadas, apelando á esa porción de tópicos vulgares, de que se hace uso cuotidiano; pero el mal es más grave y más hondo de lo que algunos suponen y sus causas no son esas vagas generales, triviales, por decirlo así, que algunos escritores apuntan! Se ha hecho de la nación un organismo monstruoso sin condiciones de vida y sin representación en la naturaleza, en donde todo se equilibra y se compensa. La sávia no circula sino en el tronco; las ramas, las hojas y las flores carecen de ella ó les llega en tan escasa proporción que el fruto ó no aparece ó no madura. Por eso los hombres de la zona cantábrica y los catalanes, dotados de grandes energías, antes de morir aplastados por la rueda de la centralización, emigran en masa y van á buscar fuera de su pátria lo que ésta no puede darles. Parece que una voz interior les dice: «*huye, la región en que has nacido está condenada fatalmente á la soledad y al aislamiento, á la miséria y al exterminio.*»

Y he aquí la gran obra de los que sueñan con hacerlo todo en Madrid: las elecciones, la agricultura, el comercio, la indústria, el idioma, la ciencia y hasta el arte. ¡Síntesis admirable, uniformidad preciosa que á todos

nos arrastra al abismo á pasos precipitados! Ellos, los que así piensan, son los únicos que aman la pátria. Somos en cambio visionarios ó sospechosos los que queremos una distribución equitativa de las fuerzas del país, los que deseamos para las diversas regiones la vida, de que hoy carecen y una libertad que les permita desarrollarse de acuerdo con su génio, sus tendencias, su historia, su situación y producciones, sin que esto excluya entre ellas, antes por el contrario afiance, el amor y la solidaridad, hoy sériamente comprometidos, por los desaciertos de los uniformistas y centralizadores.

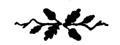
Como estas ideas acaba V. de exponerlas, contestando al Sr. Sánchez Moguel, con un brillo en el color y una energía en la dicción, difíciles de igualar, con una argumentación sólida é indestructible, los que suscribimos, gallegos, residentes en la Habana, amantes de la nación, como el que más, é idólatras de nuestra tierra de nacimiento y orígen, le damos el parabién más cordial, la felicitación más sincera por sus trabajos, nos adherimos á la idea y al sentimiento, en que se inspiran y le enviamos el testimonio de nuestras simpatías, de nuestro afecto y de nuestra gratitud, repitiéndose de V. sus paisanos y admiradores

Q. S. M. B.

Juan Manuel Espada, Fidel Villasuso, Jesús Vales, José M. de Ozón, Miguel A. García, Serafín Sabucedo, F. Vicente, Andrés Alonso, José Santalla, Antonio Pérez López, Juan Perignat, Bernardo Antelo, Ramón Armada Teijeiro, Manuel Villar, Pedro Murias, Waldo A. Insua, Emilio Barros, Jesús Barros, Cándido Mugía Callobre, Secundino Cora, José Cidre, Francisco Javier Ramil, Ramón Pig, José M. Allegue, Martín Mazón, Demetrio Rodríguez, Manuel Allegue, Adolfo Lenzano, José Ruibal, Luís Ferrón, José M. Gago Ruibal, Leopoldo Pardo, Luís Franco, Antonio Paleu, Benito Peña, Pedro Vázquez, Joaquín López Puente, José A. Insua, Inocencio Fernández Alonso, José Felgueiras, José Rojo, Antonio Besteiro, Jesús Bello, José M. López, Francisco Casais Otero, José Albuin Crespo, Cerilio Díaz, José Barbeito Mosquera, Domingo Ledo, Hipólito Casais, Francisco Abuin, Ramón Vidal, Manuel Díaz, Vicente Vellón, Juan A. Meremes, Pedro Caleiro, Manuel Gar-

cía, Andrés San Martín, Santiago Romo, José Somoza, Gregorio Iglesias, Andrés Piñeiro Lestón, Salustiano del Riego, Andrés d'a Fraga, Andrés Rodríguez Pérez, José Díaz, Vicente Canosa Merens, José Durán, Antonio Moure, Antonio Trigo, Ramón Lago, Juan A. Montero, Feliciano Lago, José Antonio Lago Sánchez, Quintín García Calvo, Francisco López, Higinio Vidales, Pedro López, Juan Martínez, Ramón Cora, Antonio Otero Murias, Benito Fernández, Manuel Vilonta, José Prieto, Ramón Fernández, Domingo Díaz, José Molejón, José B. Lage, Francisco Monteserín, Venancio López, Manuel J. Viño Gallego. Marcelino Silva, M. Parajós, Juan A. Rodríguez, José Fernández González, Benito Martínez, Salvador Lema, Benito Brocos, José Ben, Juan Rañó, Tomás Irijoa, Manuel Irijoa, Nicolás Irijoa, José Irijoa, Eugènio Filgueira, José Cancela, Andrés Pajón, Andrés Paredes, Felipe de las Cuevas, Francisco García Díaz, Carlos Alonso, José Fontela.

(Siguen hasta 1.200 firmas.)

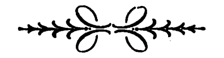


RELACIÓN

DE LOS SEÑORES POR CUENTA DE LOS CUALES
SE IMPRIMIÓ ESTE FOLLETO.

Sr. D. Fidel Villasuso.
» » José Ruibal.
» » Waldo A. Insua.
» » Juan M. Espada.
» » Adolfo Lenzano.
» » Miguel A. García.
» » Serafín Sabucedo.
» » Ramón Armada Teijeiro.
» » Alvaro Córes.
» » Ramón García Rey.
» » Manuel Villar Gañete.
» » Bernardo Antelo.
» » Jesús Vales.
» » Secundino Cora.
» » Benito Peña Rodríguez.

Sr. D. Juan José Domínguez.
» » Jesús Barros.
» » José Cidre.
» » Juan A. Rodríguez.
» » José Suárez Romero.
» » Cándido Mujía.
» » Bernardo Barra.
» » Juan Rañó.
» » Francisco Javier Ramil.
» » José Fontela.
» » Miguel López.
» » Luís Franco.
» » Ramón Cora.
» » José Mato Requeijo.
» » Francisco Reinante.



OBRAS DEL AUTOR

CRITICA E HISTORIA

HISTORIA DE GALICIA, Tomo 3º De venta en la Secretaría del Centro Gallego.

GALICIA—Sus monumentos y sus artes. Ilustrada con preciosas laminas. Un tomo.

LOS PRECURSORES—Colección de estudios biográficos de ilustres hijos de Galicia. Un tomo.

EL REGIONALISMO GALLEGO—Un folleto.

DICCIONARIO DE ESCRITORES GALLEGOS—Agotado

EL FORO—Sus orígenes, su historia y sus condiciones. Un tomo.

NOVELAS

DESDE EL CIELO—Obra traducida al alemán, al inglés y 2 veces al portugués. 9ª edición agotada.

EL ANGEL DE LA MUERTE—4ª edición agotada.

MI MADRE ANTONIA—2ª edición agotada.

LOS LIRIOS BLANCOS—3ª edición agotada.

MIENTRAS DUERME—4ª edición, agotada.

EN PRENSA

RIMAS POPULARES DE GALICIA—Precedidas de un estudio acerca de la poesía popular gallega.

HISTORIA DE GALICIA—Tomo 4º

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS—Referentes á la Historia de Galicia, dados á luz é ilustrados con biografías notas y aclaraciones. Tomo I.